



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.**

(GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE GABELLO EL MAYOR).

**Núm. 3.**

## LAS DOS NOCHES.

(Continuacion).

Era una de esas sucias hosterías que pasaban su vida vergonzante allá á mediados del siglo XVIII, y que por fortuna iban emigrando, á la par que emigraban de los hombres las ideas de esclavitud y silencio.

Malas bujías iluminaban su entrada y sus salones destartalados: habia pocos parroquianos; aun no existia la costumbre de oír las doce de la noche fuera de la cama.

Odon y Bernardo, bastante conocedores de las localidades de la fonda, se dirigieron á un corredor poco frecuentado, y de allí pasaron á un cuartito, no muy grande, cuya mampara tenia la virtud de cerrarse por sí sola.

Una mesa con un tapete verde, rodeada

de cinco jóvenes, con fachas de calaveras; una mala bujía, algunas botellas destapadas y un cuadro en la pared, en cuyo lienzo no se sabia lo que habia pintado, era el ajuar de la habitacion.

Sobre la mesa se notaba la sublime invencion de los chinos, tan mal atribuida á los franceses para curar la demencia de Carlos VI, y que Court de Gebelin creyó que era un libro simbólico egipcio. Hablamos de los naipes.

Aquellos jóvenes se divertian en ganarse mutuamente el dinero, que brillaba en estudiadas columnas al márgen de la mesa.

Sus ojos brillaban con el reflejo de la codicia ó con la opaca sombra del desden. Todos lanzaron un grito de alegría así que vieron á los dos jóvenes que entraban á la sazon.

—¡Oh!... ¡oh!... ¡oh!... *Dominus vobis-*

*cum!* exclamó Megía, jóven de dormidos ojos y de pelo ensortijado. Dichosos vosotros que no habeis perdido vuestro dinero como me acontece á mí, que me he quedado sin cien doblones.

—Mucho perder es, contestó doctoralmente Bernardo de Riaza.

—¡Diablo! prorumpió Mendoza, pisa-verde de cabeza arrogante y fisonomía atrevida: el dinero es un elemento corrompido que nos trastorna el juicio cuando se posee en abundancia. Quiero quedarme sin un maravedí.

Y ponía gruesos puñados de oro sobre las cartas.

—Estraña manía, replicó un alto jóven de cabeza olímpica y talla babilónica, tirándose de los bigotes. A tí te ha dado por perder y ganas, y á mí por ganar y pierdo.

—La sota, dijo en esto el banquero volviendo á mirar las cartas, despues de haber saludado á los recién venidos. Caballeros, prosiguió volviéndose á estos; se admite hasta cien doblones; teneis derecho para entrar en la jugada.

Bernardo de Riaza, por un movimiento maquinal, echó mano al bolsillo: Odon le detuvo.

—¿Cuánto vá en el juego? preguntó éste con ese tono frio y casi pedantesco del hombre acostumbrado á semejantes escenas.

—Doscientos doblones, contestó el banquero.

—Los copo.

Esta solemne palabra hizo á todos volver la cabeza.

—Lucifer cargue conmigo, replicó Megía: ¿quereis quitarme la esperanza de que me reponga?

—Copo, volvió á decir Odon sin contestar á su amigo.

—Corriente, replicó el banquero. ¿A qué carta vais? ¿Al as ó á la sota?

—Estoy por las mujeres, replicó Cifuentes. A la sota.

El banquero volvió la baraja y tomó esa actitud un si es no es magestuosa. Todos los pescuezos se estiraron en seguida sobre el tapete verde, y todos los ojos se fijaron con esa atraccion irresistible que magnetiza á los mas consumados jugadores.

El banquero levantó las cartas para tirar. Se podia oir el vuelo de una mosca.

El primer naipe era un siete de bastos. Un gesto imperceptible del banquero indicó que temia un desaire de la fortuna. En breve apareció la segunda carta: era un dos de espadas. La tercera... nada; la cuarta menos; la quinta...; oh! en la quinta carta todos estaban inmóviles, tiesos, petrificados: su vida habia descendido al corazon, pues solo se sentian sus violentas palpitaciones.

La quinta carta principiò á asomar lentamente: aun no habia aparecido ninguna señal y el banquero se puso pálido; poco despues dió un golpe sobre la mesa, y tiró la baraja.

—Vuestros son los doscientos doblones, amigo Cifuentes. Ahí teneis esa maldita sota.

—*Te Deum laudamus*, gritó el ganancioso echando el guante á las magnificas monedas que se elevaban en forma de muralla delante del pecho del banquero. Acabo de conquistar un dote espléndido. Se acabó el juego por esta noche.

Todos suspiraron con tristeza viendo que aquella fortuna se habia perdido en un instante.

—Diantre, ¿y por qué hemos de dejar la diversion? Préstanos cien doblones, exclamó Megía.

—No puedo, contestó Cifuentes: es imposible en esta ocasion solemne, porque en vez de permanecer en este sitio, nos vamos á marchar.

—¿A dónde? exclamaron todos.

—Quiero convidaros, amigos. Para concluir con vuestra diversion he tenido que copar. Ahora sois enteramente míos. Señores, tengo el alto honor de deciros que me caso.

Y Cifuentes para anunciar esta plausible noticia se subió en la mesa y tomó una postura sumamente académica.

Una explosion de aplausos estalló entre todos. Se olvidaron los doscientos doblones, pues sabían por esperiencia que un anuncio de tal género era el principio de una calaverada.

—¡Bravo, bravo! gritaron todos.

—¿Y cuándo es la boda? preguntó Gamez.

—Dentro de una hora, si en ello no teneis inconveniente.

—¿Y quién es la dulce compañera de vuestro tálamo? instó el delgado y alambicado Megía.

—La señorita Hipólita de Alconchel.

—¡Diablo! la dama de los sesenta y ocho novios.

—¡El sol de Barcelona! exclamó el banquero.

—Es decir que todos estamos á vuestra disposicion, querido, contestó Mendoza. Tened la bondad de darnos los pormenores.

Bernardo de Riaza tomó entonces la palabra y esplicó el soberbio plan concebido. Las risas, los bravos, los aplausos ahogaban al orador: Odon de Cifuentes, encaramado en la mesa, añadía ó comentariaba el hecho que creia mas oportuno. Todos estaban encantados. El pensamiento era fecundísimo, y se prometían para el dia inmediato la envidia y el rencor de los calaveras de segundo orden.

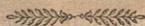
La introduccion fué sublime: la esposicion hizo que cada cual ensayase de antemano el papel que se le habia conferido: el epílogo acabó por hacerles perder el juicio. Este se reasumía á gastar los doscientos doblones por aquel matrimonio singular.

—De allí á media hora cada cual habí<sup>a</sup> marchado para disfrazarse, el uno de notario, otro de cura, otro de sacristan.

La cita fué dada para una esquina de la calle de Trentaclus.

¡La pobre Hipólita seria horriblemente engañada! La chanza no podia ser mas bárbara.

(Se continuará).



## EL PUENTE DEL DIABLO.

(CONTINUACION).

### I.

Donde se demuestra que es cosa fácil que una niña se enamore de un capitán.

¡Qué leves las horas suenan  
en la noche silenciosa,  
cuando dos amantes penan  
y sus almas se enagenan.  
con inquietud amorosa!

¡Qué dulces las horas son  
cuando á la luz de la luna  
hablan con el corazon,  
y no hay mas grande fortuna  
que contarse su pasion!

¡Qué fantástica es la reja  
donde una bella suspira  
alguna celosa queja,  
y cuán lánguida es la lira  
de un trovador que se aleja!

En esa region de flores  
por donde el Bétis serpea,  
cuna de tiernos amores,  
do cantan los ruseñores  
y el céfiro juguetea,

Un castillo se dibuja  
con un risco por cimiento,  
y mas allá sobrepuja  
entre olivares la aguja  
de un solitario convento.

Apenas su torre brilla,  
pues que sombra le da un monte,

desde el cual se ve á Sevilla,  
 como ardiente maravilla  
 que destaca el horizonte.  
 El manso Guadalquivir  
 cruza por medio del llano  
 con monótono gemir,  
 y lento corre á morir  
 al borrascoso Océano.

Entre la mansión feudal  
 y el convento se desliza,  
 bañando con su caudal  
 de la roca el pedernal,  
 y la muralla pajiza.

Del monasterio sagrado ;  
 mas no existe ningun puente  
 que enlace del potentado  
 el fuerte asilo almenado  
 con la casa penitente.

Flores con su grato aroma  
 bordan las bellas riberas,  
 y sobre la altiva loma  
 con dulce voz la paloma  
 lanza quejas lastimeras.

Y allá en el fondo se advierte  
 la torre de Don Illan  
 negra y siniestra ; de suerte  
 que parece de la muerte  
 y la desgracia el imán.

Mas dejemos pretensiones  
 de poeta y de cantor,  
 que ya vendrán ocasiones  
 de pintar estas regiones  
 con mas pureza y vigor.

Era de noche á deshora,

y en el ya dicho castillo  
 que triste luna colora,  
 está esperando Eleonora  
 al gallardo Juan Portillo.

En una reja sentada,  
 las tristes horas contando,  
 respira la enamorada  
 perfumes de la enramada  
 en dulce ilusion gozando.  
 Y en su plácido anhelar,  
 al menor ruido que siente  
 se figura ver brillar  
 la espada del militar,  
 por quien suspira impaciente.  
 Mas huye la sombra vana,  
 y la beldad cariñosa  
 reclinada en la ventana,  
 espera la hora cercana  
 con inquietud amorosa.

¡Pobre niña! Si el amor  
 es del alma grato imán,  
 ten piedad de tu candor,  
 que aun eres muy tierna flor  
 para amar á un capitán.

Pero Eleonora adoraba  
 en el valiente guerrero  
 y de noche lo esperaba,  
 y en su fortuna olvidaba  
 cuanto encierra el mundo entero.  
 (Se continuará).

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
 calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRENTA DE D. ANDRÉS PEÑA, LEGANITOS, 24.

### GEROGLIFICO.



La solución en el número próximo.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 4.**

## LAS DOS NOCHES.

(Continuacion).

### III.

La llave del jardín.

¡Ilusion! imágen que te reproduces en nuestra mente con los colores de la realidad; perla brillante que al querer tocarte te desvaneces como la de Cleopatra, bajo la accion corrosiva del desengaño, ¿será cierto que tú eres la compañera del hombre, el cendal que enjuga las lágrimas, el cáliz que absorbe el suspiro?

Entre las nebulosas brumas que rodean la existencia, sueño perenne, lámpara que ardes en el corazon, rayo immaculado que atraviesas los crespones de esta noche que se llama mundo, eres la única que viertes una gota falaz en los áridos lábios de quien te invoca.

Hipólita sucumbió poéticamente á la infame farsa de aquellos calaveras. Estos representaron de un modo admirable sus respectivos papeles, y tanto el *cura*, quanto el *sacristan*, los *testigos* y el *notario*, llegaron al punto mas culminante en la misteriosa solemnidad de aquel *casamiento secreto*.

La alegre niña que tan malos ratos habia ocasionado á los mas elegantes jóvenes de Barcelona, creia dar con su estraña boda el último golpe de sus escentricidades y aturdir con él á su impertinente tutor.

Concluida la fiesta nupcial los amigos de Cifuentes se despidieron; éste quedó fingiendo un amor verdadero al pié de la reja: Hipólita temblaba..... ¡qué habia de hacer la infeliz! Pero cuando al pálido resplandor de la luna vió relampaguear la primera mirada exigente de su *esposo*, cuando desvanecida por aquella ilusion brillante, sintió como

verse su corazón al impulso de una sensación estraña; cuando después de un momento de lucha, en que su alma resistía por un presentimiento desconocido los vehementes discursos de Odon, y en la que su pecho le obligaba á entregarse al mismo, sintió que carecía de voluntad para obedecer los íntimos sentimientos de su interior, y para decirlo de una vez, al cabo de una hora de lágrimas, suspiros, promesas, dudas y temores, la llave del jardín cayó en manos de Cifuentes.

#### IV.

Un amor destruye á otro.

Los días, esa cadena armoniosa de los años, pasaron sobre aquella felicidad ignorada; sobre aquella ficticia alfombra de flores. La primera noche de amor había engendrado dulces deberes en la engañada niña: había creído en la triste comedia que se le obligaba á representar, y envanecida con sus derechos de esposa, no sabía que purgaba en un engaño horrible su ligereza y poca reflexión.

Todas las noches la dulce pareja se reunía sigilosamente bajo los perfumados pabellones del jardín, y después de crear mil esperanzas, que no tendrían realidad, pasaban á la habitación de Hipólita á devorar su dicha en dulces placeres. Odon representaba su papel de esposo de una manera admirable, y la joven lejos de creer en su refinada perfidia, esperaba el cumplimiento de las promesas que en varias ocasiones le había hecho.

Iba, pues, á cumplir un mes de aquella alianza estraña.

Una madrugada Hipólita había despedido á Odon llorando: un presentimiento doloroso oprimía su corazón, pues siempre encontraba antemurales que salvar cuando le hablaba á su esposo de la necesidad imperiosa que había de hacer pública su unión. Este contestaba que había solicitado el permiso paterno, y que tan luego como llegase la pre-

sentaría á la faz del mundo, rompiendo el velo casi vergonzoso que los cubría.

Hipólita lloraba viendo que pasaban días y días sin la contestación definitiva del padre de Odon; y esta fué la primera nube que principió á despuntar en los horizontes de color de rosa que ella se había imaginado.

Estaba una tarde sentada en una de las arabescas ventanas que caían al jardín, y desde su asiento de damasco amarillo tomaba un ramo de flores, que después tiraba maquinalmente sobre una mesa.

En aquel instante se abrió la puerta de la habitación y se presentó un caballero.

Alto, pálido, vestido de negro, de andar magestuoso, frente espaciosa, cabellos blancos como la nieve, á pesar de tener un medio siglo de edad solamente; tal era el que con una circunspección coremoniosa se fué acercando á Hipólita.

Esta no había advertido nada y seguía destruyendo sus flores.

De pronto dió un pequeño grito y miró al recién llegado.

—¡ Ah ! ¿ sois vos ?

—Vuestro tutor, señorita, contestó el caballero mirándola atentamente.

El gesto de la joven reveló un desden casi insultante.

—Veo que habeis interpretado mal mis intenciones, prosiguió el tutor con dignidad. ¿ Creeis que os vengo á hablar de mi amor; cual en otro tiempo lo hacia? Siento deciros que os equivocais, Hipólita. Aquello acabó.

—Habeis pensado admirablemente. Ahora aceptad mi gratitud por vuestra determinación.

El caballero se cruzó de brazos y la miró atentamente.

—¡ Pobre niña ! murmuró queriendo contener dos lágrimas que rodaron por sus mejillas. Vuestro corazón os ha engañado siempre. Muy joven érais cuando vuestro padre murió y me dejó el encargo sagrado que ve-

lase por vuestra existencia. He cumplido con mi deber; ya lo sabeis. Por algun tiempo quise que fuérais mi esposa, á pesar de la distancia de nuestras edades, porque queria conservaros libre de la ponzoña del mundo. No me habeis querido y tengo paciencia. Ahora vengo á devolveros vuestros bienes, administrados por mí, y las riquezas que he acumulado en el trascurso de diez años que han estado bajo mi inspeccion.

El tono del caballero era conmovido. Hipólita sintió oprimirse su corazon.

—¿Por qué tomáis ese partido? murmuró bastante agitada.

—Señorita, preciso es ser cruel; me han dicho que ya no sois libre.

Estas palabras hicieron estremecer á la jóven.

—¡Oh! qué decís.

—Señorita, me han dicho que os habeis casado.

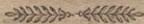
—¡Dios mio!

—Señorita, me han dicho que vuestro esposo se llama Odon de Cifuentes.

Hipólita hubiera menoscabado su dignidad, si despues del descubrimiento de su secreto lo hubiese negado. El acento de su tutor la aterraba, pero dominándose cuanto pudo, levantó la cabeza y miró con aparente serenidad la noble figura del que habia velado por su existencia.

Sin embargo, al oír aquel acento acusador, no pudo reprimir dos lágrimas que asomaron á sus ojos.

(Se continuará).



## EL PUENTE DEL DIABLO.

(Continuacion).

Así tambien le adoró cuando le vió aparecer, y de orgullo se llenó cuando gentil le observó

hácia la reja correr.

Llegóse en breve embozado Juan Portillo el capitán, llevando su espada al lado y el sombrero ladeado como atrevido galán.

Y á Eleonora contemplando su enardecida mirada, acercóse suspirando, dulce plática entablando con voz triste y apagada.

CAPITAN.  
Funesta noticia, mi dulce señora; me obliga el destino con pena decir: sabed que el amante que tanto os adora la guerra del moro le ordena partir.

ELEONORA.  
¡Partir vos! ¿Y á dónde?

CAPITAN.  
Allá á la frontera, que es del granadino risueña mansión.

ELEONORA.  
¿Y no hay mas remedio?

CAPITAN.  
Marchar no quisiera.

ELEONORA.  
Por Dios, no dejadme... ¡Tened compasion!

CAPITAN.  
Llenar vuestro antojo mi dicha sería, mas debo cual noble volar á la lid.

ELEONORA.  
Lenguaje es el vuestro que encierra falsía.

CAPITAN.  
¿Por qué me acusáis? las pruebas decid.

Mas ¿á qué, señora?... Sabed que constante seré á vuestros votos de férvido amor; no quiero mas gloria que ser vuestro amante, mas dicha no quiero, ni goce mayor. Bien sabes que ha un año, fugaz, pasajero, un cielo en tus labios de miel encontré;

tú sabes que siempre con pecho sincero,  
la luz de tus ojos con ánsia busqué.  
De un año de amores soné la alborada,  
mas pronto entre nubes su sombra pasó.  
¡Delirio esplendente del alma encantada,  
que solo en mi mente recuerdos dejó!  
Mas ya que la guerra me invoca en su canto  
llevando en pos suyo á tu fiel capitán,  
adios... ¡Ni un suspiro! Lloradme entre tanto:  
tal dicha merece tu amante don Juan.

ELEONORA.

¡Cuán mal me has juzgado! ¡No ves cómo lloro?  
¡No sientes mi mano en tu mano temblar?  
¡Olvidas, ingrato, que á tí solo adoro,  
que á tí mi existencia por siempre he de dar?  
Bien sabes que niña, sin padres, sin mundo  
mi pecho inflamado don Juan yo te abrí;  
que acaso perdida tras golfo profundo  
mi sangre que es tuya manchada la ví.  
¡Qué prueba mas grande! Si quieres mi vida  
con tal que te mire también te daré;  
mas no..... no te vayas.....

CAPITAN.

Precisa es mi ida:  
te ofrezco que pronto por tí volveré.

ELEONORA *(con ironía y sentimiento)*.

Pues bien, parte al punto; la guerra es primero.  
¿qué importa mi nombre si salvas tu honor?

CAPITAN.

¡Por Dios Eleonora!

ELEONORA.

Que vayas no quiero:  
no aumentes siquiera mi inmenso dolor.

CAPITAN.

Te juro que al año, vencido ó triunfante,  
postrado á tus plantas y al pié de un altar,  
daréte de esposo mi mano anhelante.....

ELEONORA.

¡Lo juras?

CAPITAN.

Lo juro.

ELEONORA.

Ya puedes marchar.

Y un leve suspiro  
fugaz, plañidero,  
de dolor sincero  
que el viento cruzó,  
sintióse espirante  
después de esta escena...  
¡Lamento de pena  
que flévil murió!

Y embozado

hasta los ojos,  
caballero  
en un troton,  
un castillo  
fué dejando  
de la noche  
en el crespon.

Vaga luna  
amarillenta,  
misteriosa  
y funeral,  
dió sus rayos  
á lo lejos  
cual lámpara  
que va á espirar.

Y á su escasa  
luz incierta  
cayó al suelo  
una mujer,  
cual la rosa  
que separan  
de su tallo,  
que es su ser.

*(Se continuará.)*

### Solucion del geroglífico anterior.

*La muerte corta el hilo de la vida.*

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1834.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). Núm. 5.

## LAS DOS NOCHES.

(Continuacion).

—Señor, dijo con voz conmovida: os han informado perfectamente, y seria un crimen en mí, mas bien que una necesidad, ocultar lo que sin duda se irá haciendo público. Creyendo que no alcanzaria vuestro consentimiento, cedí á un momento de alucinacion, y me desposé secretamente con el caballero Odon de Cifuentes, noble descendiente de una familia de Castilla: en esto no hay mas delito que el haber seguido las inclinaciones de mi corazon sin manifestároslo: no hay mas falta que el haber hecho en silencio lo que debiera haberse practicado á la luz del dia. Yo os pido perdon, y ya que es inevitable esta alianza, espero que recibireis á mi esposo con la cordialidad de la amistad, sin

que por eso dejéis de seguir administrando mis bienes.

El rostro del tutor reprimió un gesto de feroz impaciencia, y cambiando de carácter y de expresión,

—¡Vuestro esposo! murmuró con voz sorda, contemplando la bella presencia de su pupila. Hipólita, no quisiera turbar esa santa ilusion de que estais rodeada; no quisiera marchitar vuestras esperanzas, porque os amo como una hija, os amo como á una esposa, y aun el aire que roza por vuestra frente quisiera que arrastrase toda su fragancia para embalsamarla. Pero hay deberes terribles.... Hija mia, reunid todo vuestro volór y leed ese impreso, continuó arrojando un papel en la inmediata mesa: leed lo que la infamia, el libertinage y la corrupcion han inventado para perder á infelices mujeres... leed, Hipólita, leed.

La jóven no comprendia aquellas palabras, pero arrastrada por la sombría expectativa de un descubrimiento horrible, tomó el impreso, que no era otra cosa sino el trozo de un Diario, y leyó lo siguiente:

«Ha llegado á nuestra noticia, por conducto de un anónimo, salido sin duda de esa reunion de elegantes calaveras que infestan nuestros salones, un hecho cruel y doloroso. Parece que uno de esos herederos de las costumbres de D. Juan Tenorio, ha hecho una espantosa burla de la mas bella señorita de nuestra ciudad. Reunido con varios amigos, encargó á cada uno de ellos un papel importante para hacer la parodia de un matrimonio. La crédula señorita esperaba por la reja de un jardín, y allí, despues de hacer una fingida ceremonia de casamiento, por un falso sacerdote y por unos falsos notario y sacristan, con los demas testigos para el caso, se consumó el acto, dejando al nuevo esposo con la inocente victima.

»Doscientos doblones han servido de base para que los nuevos burladores de las damas gocen á salud del falso marido.

»Un mes hace que se celebró este pesado chasco; solo nos resta decir que la jóven engañada se llama la señorita Hipólita Severina de Alconchel; y el nuevo don Juan Tenorio tiene por nombre Odon de Cifuentes.—*A última hora.*—Parece que el susodicho ha tomado la posta para Madrid, con el objeto de evitar reclamaciones y responsabilidades.»

No podia ser mas rudo el golpe: uno de los amigos de Cifuentes, anticipándose á su marcha, habia tratado de hacer público el enlace valiéndose de un anónimo.

Hipólita leyó mas bien por un prodigio de doble vista que por otra causa, estos fatales renglones. Trémula, muda, asombrada, herida en lo mas vivo que afecta á la mujer, el ridiculo y el deshonor, escupida,

pisada, escarnecida, siendo el ludibrio de todos, quedó petrificada como si un torrente de llamas hubiese brotado en torno suyo.

Dió un grito de esos que no tienen sonido propio y que carecen de significacion, y cayó de espaldas con los ojos inmóviles, la boca entreabierta, casi loca y casi sin sentido.

—¡Oh! ¡Dios mio! murmuró por último.

—Hé aquí, contestó el tutor derramando lágrimas, el resultado de ese carácter de independencia con que os habíais investido; hé aquí llamando á nuestra puerta la vergüenza y la infamia..... Pero no; os han engañado villanamente, y vos estais pura á los ojos de Dios, ya que no lo esteis á los de los hombres..... Ahora solo nos resta una cosa.

—¡Qué! contestó la jóven confundida.

—La venganza.

—La venganza..... ¿Pero él ha huido?

—No, no; corrí á buscarlo y lo encontré casi al tiempo que iba á subir á una silla de posta. ¡Sois un miserable! le dije dándole un bofetón. La honra que habeis arrebatado á la señorita de Alconchel reclama venganza. Esta noche, si no sois tan cobarde como infame, os espero en la puerta de Santa Madrona.

—¡Oh! por piedad..... por piedad, gritó Hipólita cayendo de rodillas, no seais tan generoso que os espongaís por una mujer envilecida.

—Soy vuestro padre, soy vuestro tutor. Nadie teneis en la tierra sino yo. Ni madre, ni hermanos, ni parientes..... yo solo. Nadie os ha amado en silencio con igual ternura... Antes de repartirse el *Diario* donde está consignada vuestra infamia, lo he comprado para evitar el escándalo..... Aun sois pura á la faz de la sociedad..... Si muero..... acordaos de mí.... es mi último ruego..... Adios.

Hipólita estendió desesperadamente los brazos, pero no tuvo fuerzas para mas y cayó desmayada. (Se continuará).

## ESTUDIOS HISTORICO-LITERARIOS.

FERNAN RUIZ DE CASTRO.

## I.

Siguiendo el plan que nos propusimos al ofrecer á nuestros suscritores el exámen de algunos hechos tradicionales, dignos por su importancia de llamar la atencion de aquellos que deseen adquirir conocimientos acerca de algunos lances caballerescos, en que tanto abunda la historia de nuestra patria, vamos á transmitirles un suceso curioso y particular, ocurrido en la ciudad de Toledo en la época de D. Alonso VII el emperador, época de suma galanteria, en que la susceptibilidad de las damas y caballeros llegaba á su mas alto grado, y época en fin en que ofendido un caballero en su honor, no titubeaba en arreglar el asunto pendiente á fuerza de mandobles y estocadas.

En los deliciosos jardines que en el tiempo á que nos referimos existian en la antiquisima ciudad de Toledo, contiguos al famoso palacio que hoy se titula de Galiana, dos hombres embozados en sus anchas capas, cubierto el rostro con la espaciosa ala de su nocturno sombrero, paseaban con marcial continente en aquel perfumado lugar.

Era despues de media noche.

Todo era cómpleta calma, puesto que la hora de la queda habia sonado, y las gentes de palacio se hallaban entregadas al mas profundo sueño. Tan solo velaban aquellos dos seres, que cualquiera los hubiese tenido por dos fantasmas misteriosos colocados en aquel sitio para tratar algun asunto importante, á juzgar por el sigilo de sus palabras, por lo silencioso del lugar que habian elegido y por la oscuridad de la noche, que á decir verdad era imponente y magestuosa.

¿Quiénes eran aquellos embozados? ¿cuál podia ser el objeto de su conversacion? ¿Por

qué se encontraban á hora tan avanzada de la noche en los jardines de palacio?

La Providencia tenia preparado un acontecimiento extraordinario, en el que iban á desempeñar un papel importante aquellos dos hombres, de los cuales uno era D. Fernan Ruiz de Castro, cumplido y valiente caballero de la corte del emperador, jóven de relevantes prendas y dotado de un alma grande y valerosa. El otro era su intrépido escudero Fortun, verdadero tipo de la fidelidad y constancia.

Fernan Ruiz de Castro estaba casado hacia dos años con una de las damas mas encantadoras de la corte, llamada Estefanía, hija natural del emperador, que á decir verdad era una de esas mujeres venidas al mundo para consuelo y encanto del hombre que sabe apreciar con justicia el valor de una mujer dotada del cúmulo de gracias y virtudes que en ella se reunian. Educada en lo mas fino de la corte de Castilla, y dotada de un corazon tierno y generoso, podia decirse que era un modelo de perfeccion.

A su proporcionada estatura, reunia los mas bellos atractivos; sus ojos árabes y hermosos, eran capaces de fascinar aun al alma mas estúpida é impasible; sonrisa angelical adornaba su preciosa boca, que al entreabrirla dejaba ver el cordón de su blanca y enana dentadura; y todo unido á su color algun tanto moreno, á sus blondos y largos cabellos, negros como el ébano, y á su talle esbelto y seductor, podia ser tenida como una vírgen de Murillo ó de Rafael.

Con prendas de tanto valor la esposa de Fernan Ruiz de Castro, no era extraño que éste la amase tan ciegamente; y así sucedia en efecto. Estefanía era para él su vida, su consuelo, su porvenir, su todo. Sin ella, era la existencia una carga pesada para Fernan; vivia para ella únicamente, y una dulce mirada de su esposa derramaba en su corazon el bálsamo de la felicidad.

Ella tambien le amaba con delirio; ocupada continuamente en los trabajos propios de su sexo, tenia puesto todo su afan en complacer á su querido esposo, y en recrearse horas enteras en contemplar á un tierno niño que era el encanto de sus padres.

Así vivian venturosos aquellos dos seres, que parecian nacidos el uno para el otro; pero bien pronto la mano del destino, arras-trada por la fatalidad, quebrantó la deliciosa y envidiable calma que disfrutaban.

Fernan Ruiz de Castro, en cumplimiento de su deber, se veia precisado á ceñir el casco y la espada para salir de Toledo á pelear contra los moros fronterizos, pues que á él encomendaba el emperador el mando de tercios aguerridos y valientes que las mas veces volvian á sus hogares cubiertos de gloria y de laureles. Con semejantes ausencias, se vestia de luto el corazon de la hermosa Estefanía, y siempre quedaba rogando á Dios librase á su amado esposo de una muerte fatal. Él sufría horriblemente al separarse de su esposa, y la ciega pasion que la consagraba, unida á la cruel ausencia que tanto le martirizaba, hicieron despertar en su alma pensamientos tristes, ideas de dolor que dejan una huella profunda por donde quiera que pasan.

Fernan Ruiz de Castro, en una palabra, estaba perdidamente enamorado de su esposa, y este amor ciego, frenético, delirante, le convirtió en un marido celoso que no encontraba un momento de quietud para su espíritu, combatido á la vez por dos pasiones encontradas que hacian su existencia insoportable: los celos y el amor, que iban consumiendo su vida por instantes.

Y no se diga que el de Castro no apelaba al talento, á la reflexion, para luchar á brazo partido con aquellos dos sentimientos fuertes, no; pero inútil... su lucha era impotente, y lo fué mas desde el momento en que volviendo el de Castro de una expedicion guerrera, le dijo uno de los de su misma ser-

vidumbre, que en los jardines de su palacio habia citas amorosas, damas tapadas y galanes encubiertos.

Desde entonces no fué dueño de sí mismo. Siguió por espacio de algunos dias apurando hasta las heces la copa del sufrimiento, y procuraba delante de su esposa disimular en lo posible aquel hondo sentimiento que era su continuo torcedor.

Pero la situacion era penosa y difícil; por lo tanto no podia prolongarse por mucho tiempo. Era preciso apurar la verdad, y saber si su esposa era quien le faltaba á lo mas precioso, á lo mas delicado para él, á su honor.

Veán aquí nuestros lectores la razon por qué se hallaban aquellos dos hombres en el lugar que hemos descrito al princio de este capítulo y en las altas horas de la noche.

Fernan Ruiz de Castro en la última salida que hizo de Toledo, habia tenido la prevision de que su escudero Fortun se quedase oculto en las habitaciones contiguas al jardin para observar minuciosamente cuanto sucediera en él durante su ausencia.

De su revelacion esperaba Fernan su ventura ó su desdicha. A todo estaba resignado y dispuesto.

Pero..... ¿seria la encantadora Estefanía la que sustrayéndose de las miradas de sus gentes, cubierta con su manto, y en horas desusadas de la noche, bajaba á aquel sitio con el fin de satisfacer alguna exigencia amorosa?

Lo verán nuestros lectores en el trascurso de este artículo, y juzgarán del animado diálogo que sostenian amo y criado pocas horas antes de amanecer en uno de los jardines de palacio; pero esto será objeto del capítulo siguiente.

(Se continuará).

---

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

Año I.

(GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR).

Núm. 6.

## EL PUENTE DEL DIABLO.

(Continuacion).

### II.

Donde se demuestra que las promesas se las lleva el viento.

Hora tras hora corriendo,  
 un día tras otro pasando,  
 un mes y otro mes veloces,  
 hicieron por fin un año.  
 Año funesto y de luto  
 para el corazón llagado  
 de la sensible Eleonora,  
 por tanto esperar en vano;  
 pues el año y nuevos meses  
 rápidos se deslizaron  
 sin que el capitán volviera,  
 sin que tornara el ingrato,

sin que un escrito mandase  
 de esos tan apasionados  
 que el corazón que es de piedra  
 no se acuerda que es de mármol.  
 La pobre niña esperaba  
 á aquel don Juan tan gallardo,  
 á aquel capitán valiente  
 que entre juramentos tantos  
 prometiera ser su esposo  
 cuando marchó de su lado  
 para volar á una guerra  
 de batallas y de asaltos.  
 Mas viendo que no volvía  
 y que el año era pasado,  
 informóse si había muerto,  
 y supo con sobresalto  
 que ni un rasguño siquiera  
 había recibido en tanto.  
 Alarmada con la nueva,  
 también se enteró llorando

que á Sevilla los guerreros  
 triunfantes habian tornado ;  
 y entonces la bella dama  
 víctima se vió de un lazo  
 tan infame como cierto ,  
 tan cierto como malvado .  
 Mucho tiempo solitaria  
 estuvo vertiendo llanto ,  
 ricas perlas de sus ojos ,  
 fruto de los desengaños .  
 Despues huyó de la luz ,  
 dejó de salir al campo ;  
 y el perfume de las flores ,  
 el esmalte de los prados ,  
 el cántico de las aves  
 y la marcha de los astros ,  
 todo lo que embelesaba  
 su corazon angustiado ,  
 perdió su color y brillo  
 al verse en tal desamparo .  
 Se olvidó de su belleza  
 por pensar en el ingrato ;  
 y flaca , mustia , llorosa ,  
 pasó de nuevo otro año ,  
 hora tras hora corriendo ,  
 un dia tras otro pasando ,  
 un mes y otro mes , perenne  
 en adorar aquel falso  
 Juan Portillo el capitan  
 que tan mal la hubo engañado .

### III.

Donde se demuestra que no siempre son los sacris-  
 tanes dignos de andar en las iglesias.

No la amarga existencia y los dolores  
 agostan el vigor y lozania :  
 de lágrimas y flores  
 llena la aurora está que anuncia el dia .  
 Eleonora abatida ,  
 soñando con fantásticas quimeras ,  
 habia sentido en la funesta calma  
 las penas de su alma  
 crecer entre ilusiones lastimeras .  
 Marchita flor en la trillada senda

de esta cadena que se llama vida ,  
 sin gloria ni esperanza ,  
 la mundanal vivienda  
 anhelaba dejar por el descanso  
 de una tumba ignorada  
 con tosca cruz apenas coronada .  
 Que allí no hay luz que alumbre la agonía  
 de la mortal comedia de este mundo ;  
 allí dormido el pensamiento posa ,  
 y al declinar el dia  
 tiende el sol su reflejo moribundo  
 sobre la inerte y funeraria losa .  
 Allí tan solo el alma fatigada  
 un puerto misterioso  
 encuentra al fin despues de la jornada .  
 ; Puerto sin faro ! puerto silencioso  
 que no repite el pálido gemido  
 de quien muere de amor , ni el oleaje  
 del corazon herido  
 empapado en la hiel de amargo ultraje .  
 Allí tan solo el viento de la noche  
 con sus gélidas alas juguetea ;  
 allí solo la luna  
 en la bóveda azul mística ondea ;  
 pero ¿ á qué tanto allí , si no ha llegado  
 el momento fatal ? quietos estemos ,  
 y en vivir nada mas solo pensemos .  
 Y como quiera que el rigor del sino  
 preciso es aguantar , hondo letargo ,  
 con el duro beleño del destino  
 calmó su situacion . . . Menos amargo  
 fué su vivir , y en vana ,  
 ciega ilusion de su adorado dueño ,  
 reclinada en su gótica ventana  
 por las tardes mirando al pardo monte ,  
 una cosa esperaba  
 que nunca se trazaba  
 en el claro zafir del horizonte .  
 Mientras los sueños de la niña bella  
 el tiempo inexorable iba agostando ,  
 un hombre con los ojos  
 siempre fijos en ella ,  
 una oscura pasion fué alimentando .  
 El diablo le tentó sin duda alguna :

y tanto pudo el diablo contra el hombre,  
que loco y aburrido  
recurrió... ; no os asombre!  
á calmar el dolor que hubo sentido,  
buscando delirante  
al viejo don Illan el nigromante.  
Era el tal amator... ; la cosa es rara!  
(pues te juro, lector, que si no fuera  
ni ahora ni despues te la contara),  
del vecino convento  
el sacristan taimado,  
lego de religioso pensamiento,  
pero envuelto en la peste del pecado.  
Jamás Lucifer pudo  
conseguir de este hombre una victoria;  
pues segun se refiere  
en la remota historia  
que nos sirve de guia,  
el pobre sacristan siempre de hinojos  
tenia fijos los ojos  
en los tronos de Dios y de María.  
Mas quiso el cielo y su funesta suerte  
presentar á su vista adormecida  
una imágen fugaz, dulce y brillante;  
su corazon inerte,  
con rápida inquietud desconocida  
sintió un fuego profundo y devorante:  
quiso huir, mas no pudo... Detenido  
por una oculta mano  
ante aquella vision tan seductora,  
con un empeño vano  
su alma se hizo esclava de Eleonora.  
Era en cuestion la niña del castillo  
la que encendido habia  
en el pecho del monge aquel hornillo.  
Agena de este daño  
cruzaba el Bétis en ligera barca,  
y en el santo convento  
un calmante buscaba al desengaño.  
Allí postrada al pié de los altares  
cual una flor perdida en la desierta  
márgen fatal de procelosos mares,  
con las sombras cubierta  
del templo del Señor oraba, en tanto

que en la torre sonaba una campana  
y allá en el coro el vespertino canto.  
Era de ver la dama silenciosa  
bañada con la luz de mil colores  
que penetraba triste y temerosa  
por los vidrios sagrados,  
envuelta en los vapores  
del perfume divino,  
la frente en ancha tumba reclinada,  
como si del destino  
fuera estatua de mármol desolada.  
Entonces nuestro lego  
en un rincon metido,  
se burlaba del cielo  
y un infierno pasaba allí escondido.  
Ni ayunos, ni cilicios, ni oraciones,  
calmaban su pasion ni sus deseos;  
víctima de terribles tentaciones  
se olvidó de sí mismo,  
de su celda, su vida y sus deberes,  
y no temió al abismo  
si alcanzaba el amor y los placeres  
de aquella flor de misteriosa esencia  
que incendiara su mísera existencia.  
No te se ocultará, lector querido,  
que un hombre apasionado á tanta altura  
estaria enloquecido,  
y á mas seria capaz de una diablura.  
Nuestro pobre Antolin, que así era el nombre  
del sacristan galante,  
desesperado y ciego,  
para aplacar su fuego  
consuelos fué á buscar de un nigromante.  
Vedlo escaparse en la nocturna calma;  
vedlo invocar al diáblo en la ancha vega;  
vedlo correr á la mansion del mago.....  
Pero en tanto que llega  
cual un fantasma vago,  
bueno será que descansar intente  
y prepare el capítulo siguiente.

## IV.

Donde se prueba que hay ciertos personajes, que aunque no son de carne y hueso pueden ser muy útiles á nuestra historia.

*Autos † á Aorta † Noxio †  
Bay † Gloy † Aperet.* — PALABRAS MÁGICAS PARA HACERSE AMAR.

Lóbrega noche se estiende por los rojos horizontes, y las cumbres de los montes llenas de nubes están. Traza cenefas horribles con su fantástico brillo el relámpago amarillo mientras muge el huracán.

Responde el cóncavo trueno con bramidos prolongados, y los valles y collados retiemblan á su fragor. La fértil naturaleza de inciertas sombras cercada, se presenta desolada llena de negro pavor.

Las fieras lanzan ahullidos en la remota espesura, como gritos de amargura de uno que va á perecer. Crugen las ramas del árbol, y con ocultos dolores doblan sus hojas las flores sin gozar y sin crecer.

¡Ay! que así de la existencia se marchita la alegría: rayo de placer un día, lámpara de muerte al fin. Y en misteriosa cadena del tiempo que va pasando, con espigas va clavando de nuestro mundo el confin.

Acércase presurosa la oscura é infernal tormenta, y en mil turbiones revienta sobre el valle encantador.

Crece las ondas del Bétis con espantoso mugido, del rayo se oye el silbido entre azufrado fulgor.

En este trastorno inmenso, en este caos infinito, se escucha el fúnebre grito del genio aciago del mal. Tánese alarmante y hueca la campana del convento, cuyo son se lleva el viento como un suspiro fatal.

Tan pavorosa plegaria se estiende en el torbellino, como la voz del destino, cual eco de maldición. Mientras piden en el coro los monges, con honda pena, vuelva la noche serena á alumbrar nuestra mansion.

*(Se continuará.)*

## GEROGLIFICO.



La solución en el número próximo.

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRESA DE D. ANDRÉS PEÑA, LEGANTOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES A LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). Núm. 7.

## ESTUDIOS HISTORICO-LITERARIOS.

**FERNAN RUIZ DE CASTRO.**

(Continuacion).

### II.

—Querido Fortun; háblame con claridad y no quieras ocultarme por mas tiempo mi baldon. ¿Qué ha sucedido mientras estuve separado de tu señora? Nada me ocultes, y te premiaré con el tostado alazan que tanto te gusta.

Tales eran las palabras de Fernan Ruiz de Castro, pronunciadas en medio de aquel profundo silencio que formaba un contraste admirable con el imponente murmullo del Tajo, que no lejos de aquel lugar corria tranquilo y sereno.

—Cumpliendo, señor, con vuestros man-

datos, he sido un fiel observador de cuanto anoche ha sucedido, colocado detrás de las celosías de los corredores que dan al jardin.

—Sigue, sigue, Fortun; me devora la impaciencia.

—Seria mas de media noche y todo continuaba en el mas profundo silencio. Solo el viento agitaba fuertemente las copas de estos árboles, y la noche convidaba á la quietud y al reposo. Nadie parecia en los jardines, y á decir verdad, señor, ya desconfiaba de que fuese cierto cuanto nos habian dicho, cuando divisé un bulto, que bajando misteriosamente por la escalera secreta, se ocultó bien pronto en la espesura de aquellas matas.

—¡Infame! No te detengas, Fortun: estoy en brasas.

—Pocos momentos despues de haber llegado al sitio que os he dicho, rasgó el vien-

to un suave silbido, y ví, con asombro mio, que obedeciendo á esta señal salió un fantasma cubierto con un negro manto de detrás de ese laurel, y los dos.....

—Me hierva la sangre. Díme, Fortun, ¿quiénes eran? ¿los conociste?

—Me fué imposible, señor; la oscuridad de la noche era mucha y no pude distinguir ni la mas sencilla forma de aquellos dos seres fantásticos.

—¡Maldicion! Me estás engañando, Fortun; habla pronto.

—Cumpliendo con mi deber, os diria señor, todo cuanto he visto, hasta en sus mas sencillos incidentes, si no temiese vuestra ira y me abrumase la idea de que mi revelacion pudiera ser la causa de una desgracia.

—Harás que me desespere con tantas dilaciones. Cuando debes temer por tu vida, es cuando te quede alguna cosa por decir. Habla.

—Vuestro carácter es violento, señor; por esta razon son fundados mis temores; mas ya que tanto me acosais, os diré que en medio de la densa oscuridad que habia en estos jardines pude distinguir el pellon de vuestra esposa..... No deis crédito á mis palabras.

—¡Cielos! No eran vanos mis presentimientos. ¡Estefanía me ha hecho semejante traicion! ¡ha empañado mi honor con una accion tan infame! ¡ha escarnecido, ha pisado torpemente los timbres de mi fama! ¡ha despreciado mi cariño, y ha tenido en menos la ardiente y pura pasion que la consagraba! ¡Infame! ¿Con qué podrás indemnizar el horrible sufrimiento que hace mi vida insoportable?

—Señor, señor, por piedad, calmáos.

—¡Ah, Fortun! soy muy desgraciado, y en tí encuentro un consuelo en mi fuerte dolor. ¿De qué me sirven los laureles adquiridos con tanta frecuencia en el campo de batalla, si el lustre de mi nombre está empañado?

¿Para qué quiero los honores, las distinciones que he merecido en la corte, si cuando transite por sus calles dirán los mismos que tanto homenaje me rinden: «*miradle, está deshonrado?*» ¡Ah! Todos, todos me tendrán como un miembro corrompido, como un ser réprobo en la sociedad: me escupirán en la frente, y el nombre de Fernan Ruiz de Castro será la befa y la irrision de Castilla. Todo lo he perdido, Fortun, todo. ¿A qué voy á aspirar en el mundo sin el cariño de mi esposa?

—Notad, señor, que vuestra acalorada fantasia exagera las cosas mas de lo que realmente pueden ser. Quizá haya padecido yo una equivocacion, y entonces.....

—No, no, Fortun. Estefanía es indudablemente la que ha bajado al jardin para dar cumplimiento á sus citas amorosas. Hace dias que su conducta ha despertado en mi corazon sentimientos alarmantes que han sido mi continuo torcedor: sus miradas furtivas, sus deseos porque se acercase el instante en que yo debia salir de Toledo á expediciones guerreras, y su pellote, en fin, que tú mismo has distinguido, son hechos que alejan todo género de duda. Ella es la infame esposa que ha querido desgarrar mi corazon.

—Por nuestra santa patrona, señor, serenáos.

—Serenos estoy, Fortun, sereno; mas para que mi vida sea tranquila, para que descargue mi corazon del enorme peso que le abruma, necesito vengarme, sí; necesito castigar la osadia del amante que así viene á turbar la paz de una familia; necesito, en fin, hacer ver á mi esposa que los Fernan Ruiz de Castro saben sostener el decoro y dignidad que por tantos títulos han sabido alcanzar.

—Bien, señor; todo eso está perfectamente pensado; mas debeis obrar con suma prudencia, con un tacto esquisito, porque el

asunto es delicado por naturaleza, y la precipitacion en semejantes casos puede ser muy funesta.

—Muy bien, querido Fortun. Siempre me has probado tu cariño, y jamás se ha engañado tu señor al ver la lealtad con que le has servido. Por esa razon estoy mas obligado á pagarte con usura. Ahora voy á darte una prueba. Ven aquí: sentémonos en este banco de cespced, y te confiaré un secreto que espero morirá contigo; ¿lo prometes?

—Por esta cruz sagrada, señor.

Y Fortun llevó la mano á la empuñadura de su tizona.

—Pues bien; escúchame atento y sabrás quién es mi esposa. Hubo hace tiempo en la corte de nuestro emperador una dama tan bella, tan encantadora, que segun afirman, era la admiracion y el embeleso de Castilla. Multitud de galanes acudian solícitos á decirle amores, pero ella con una gracia admirable y una finura exquisita escuchaba sus pretensiones y á ninguno hizo concebir esperanzas respecto á su pasion. Esto hacia que los amantes desearan con mas y mas afan una mirada de sus hermosos ojos, una sonrisa de su preciosa boca.

Se llamaba la dama doña Sancha de Sotomayor, y vivia en Toledo con un hermano llamado D. Martin, sacerdote y baron de recomendables virtudes, probadas en fuerza de una vida sumamente religiosa y ejemplar.

Así las cosas, quiso el destino que un dia estando paseándose nuestro amado emperador por los jardines del alcázar, viese á doña Sancha, bella, radiante de hermosura, y quedó perdidamente enamorado de la dama.

Tres años hacia que el jóven Alonso VII estaba rigiendo la suerte del pueblo castellano.

El, galante y apasionado; ella, hermosa y en la flor de su vida, era consiguiente que aquellas primeras ilusiones no quedasen de-

fraudadas. No tardó, pues, doña Sancha en hallarse viviendo bajo el mismo techo que el emperador.

Don Martin se opuso abiertamente al género de vida que abrazaba su hermana. Hubo reprensiones, consejos, amenazas, pero inútil todo: la pasion habia echado hondas raíces en el alma de doña Sancha, y acabó por odiar á su hermano hasta el punto de desear su muerte. Tuvieron disgustos de consideracion que se repetian diariamente, hasta que por último, concibió la imaginacion de la dama una idea horrible, cruel. Escucha, Fortun: verás hasta qué punto influye en el corazon humano una pasion fuerte, violenta.

Fingió la hermana de D. Martin que deseaba moralizar su conducta; se retiró de palacio; pasó á vivir como antes con su hermano, y á los nueve dias cabales de estar en su compañía cometió un atentado horrendo, terrible. Compuso un brebaje mortal que hizo tomar á su hermano, engañándole con mil caricias y alhagos, y el infeliz á poco tiempo de haberlo tomado era una víctima mas añadida á las sugerencias de un amor impuro, criminal.

La desgraciada muerte del sacerdote fué muy sentida en Toledo, pero nadie podia pensar que existiera una hermana tan desnaturalizada. Pasado el primer mes de este acontecimiento, volvió doña Sancha á entregarse con mas desenfreno que antes á su vida licenciosa, y no tardó el cielo en hacerla comprender que muy luego iba á ser madre.

Cuantas precauciones imaginarse pueden se tomaron en palacio para evitar la publicidad de este suceso; mas al fin de algun tiempo llegó á saberse que doña Sancha de Sotomayor dió á luz una niña, que fué llevada á un pueblo inmediato para que la criasen con el mayor esmero. A esta niña la pusieron por nombre Estefanía, y es, querido

Fortun, la mujer, que en mal hora, me cupo en casamiento; mas ya tengo pensado el medio de que me voy á valer para tomar venganza por mí mismo de la torpe mancha que ha echado sobre mi nombre. Tú solo vas á saber mis intentos.

—Decid, señor; pero tened en cuenta que debeis proceder con la posible calma en un asunto tan delicado.

—Está mi razon despejada: escucha, Fortun: he pensado fingir un viage, una expedicion guerrera, y hacer todos los preparativos necesarios para darle visos de realidad. Saldremos de Toledo mañana mismo, pero cuando llegue la noche nos volveremos cubiertos con nuestros tabardos, y con la mayor precaucion me esconderé contigo en un parage oculto del jardin, y cuando veamos que los dos amantes se prodigan tiernas caricias, salgo de las malezas, y.... ¡desgraciados! morirán á mi furia impia. Tales son mis proyectos, que he de ver realizados á todo trance.

—Por el cielo, señor, ¿qué pensais hacer?

—Lo que te acabo de decir: lo tengo bien pensado, y toda reflexion que pudieras hacerme es inútil.

—Sabeis que soy vuestro esclavo.

—Bien, Fortun; el alazan tostado es tuyo.

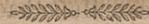
Tal era la conversacion de aquellos dos hombres, de los cuales el principal, dotado de un alma grandé y valerosa, habia concebido el horroroso proyecto que acabamos de indicar en fuerza de lo insoportable que se le hacia su existencia, creyéndose vilmente ultrajado por una mujer á quien adoraba con frenesí. ¡Desdichado! su acalorada fantasia movida por un resorte que se hace absoluto dueño del corazon humano, le condujo á un desenlace que vino á hacerle el mas infeliz de los hombres.

### III.

La aurora saliendo en su esplendente carroza iba iluminando por grados aquel lugar elegido pocos momentos antes para teatro de desgracia y desolacion.

Se trataba nada menos que de la venganza de un esposo, en cuya mente no tenia entrada la reflexion, y como consecuencia inmediata de sus furiosos zelos, se hallaba devorado por una ardiente sed de sangre que era preciso satisfacer á toda costa.

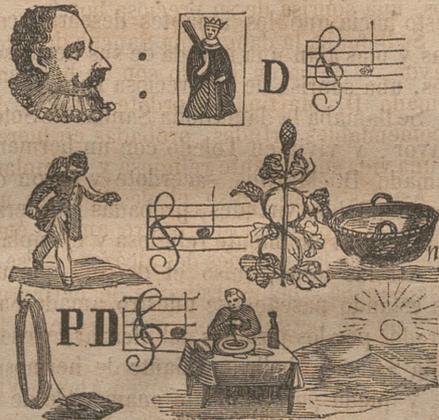
(Se continuará).



### Solucion del geroglífico anterior.

*Guárdate de combatir la fortaleza de la mujer y serás amado con delirio.*

### GEROGLIFICO.



La solucion en el número próximo.

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 8.**

## EL PUENTE DEL DIABLO.

(Continuacion).

Pero no... que en los arcanos  
del cielo un designio existe,  
que á la súplica resiste  
del miserable mortal.

Dios, en momentos solemnes,  
deja al hombre poco á poco  
que embriagado, ciego y loco  
se arrastre en un lodazal.

Permite que del abismo  
salgan horrendas visiones,  
hijas de las tentaciones,  
partos de la tempestad.

Del sueño abortos... Delirios  
de una mente enloquecida;  
sombas que no tienen vida,  
ni forma, ni claridad.

Fantasmas vanos y frios  
que trazan burlonas muecas;  
brujas airadas y secas  
larvas de extraño mirar.  
Ilusiones de la mente  
que son abortos del aire,  
arrastrando con desgaire  
la bruma del ancho mar.

Realidades que no existen,  
genios de perdidas alas,  
arrojados de las salas  
que son de Dios escabel.  
Partículas de la atmósfera,  
que se quedaron suspensas  
cuando las luchas inmensas  
del cielo contra Luzbel.

Todo este polvo maligno  
que vuela y al hombre agita,  
y ardiente lo precipita,  
tras una falsa ilusion;

toda esta rara falange  
de duendes y de vestiglos,  
tan viejos como los siglos  
y en frenético monton.

Cuando la noche se estiende  
y se ocultan las estrellas;  
cuando callan las querellas  
del amor ó del placer;  
cuando da la media noche  
y el ruisñor con su canto  
no aumenta el místico encanto  
de enamorada mujer,

Entonces de sus cavernas  
descienden; malignas brisas  
nos arrastran sus sonrisas  
con silencioso estupor.  
Y cual murciélagos feos,  
en mil círculos ondulan  
y raros ecos modulan  
con insólito rumor.

Entonces tientan al hombre  
con pensamientos estraños,  
y brindan los desengaños  
en una copa de hiel.  
Evocan de sus sepulcros  
aquellos que ya estan muertos,  
y por los aires inciertos  
giran en vago tropel.

En conciliábulos tristes;  
anuncian en sus reuniones  
los humanos corazones  
que pueden emponzoñar.  
Hasta que la luz del día,  
del mundo rico tesoro,  
tiende sus velos de oro  
desde un mar al otro mar.

.....  
En tanto seguia la nube,  
y entre chiflos discordantes  
sonaban agonizantes  
las veletas de metal  
del castillo de Eleonora,  
que allá á lo lejos se alzaba,  
cuando rápida brillaba

la centella funeral.

Vése á su llama azulada,  
con cuya luz resplandece  
todo el valle, el cual parece  
que un volcan lo calcinó,  
salir del viejo convento  
un hombre envuelto en un manto,  
como una imágen de espanto  
que el destino repelió.

Camina con paso incierto  
hácia la torre maldita  
donde retirado habita  
el mágico don Illan.  
Así la suerte lo quiere,  
así lo decreta el cielo:  
que se pierda sin consuelo  
el misero sacristan.

Pues el hombre misterioso  
que la tempestad desprecia  
con risa histérica y necia  
y con un siniestro fin;  
ese mortal insensato  
que va en pos de una esperanza  
y hácia la torre se lanza.....  
es..... nuestro pobre Antolin.

## V.

Donde verá el curioso lector que es mas fácil entrar  
que salir en toda clase de negocios.

--Mortal desdichado que en pos de un conjuro  
caminas tentando de Dios la bondad,  
detente y no toques el fúnebre muro  
do reina el misterio, do nada es verdad.  
¡Mas no! Tú no quieres... Doliente sea el llanto  
que abraze tus ojos y seque tu amor.  
Ponzoña se vuelva tu lúbrico encanto,  
tus goces supremos en lento dolor.

.....  
Tal vez son de un ángel felices consejos  
estos que en el pecho resuenan por fin;  
tal vez son del cielo dichosos reflejos,  
que loco é insensato desprecia Antolin.

De inmenso delirio la frente abrasada,  
brillante la vista, cual rojo carbon,  
satánica risa, la tez apagada,  
la sangre suspensa sobre el corazon.  
Así se aproxima con paso ligero  
llevado en las alas del ronco huracán,  
hacia el edificio fatal y altanero,  
morada terrible del mágico Illan.  
Del cielo ha brotado relámpago ardiente,  
que brilla en las nubes con blanco esplendor;  
y súbito un eco resuena doliente  
cual grito angustioso, cual triste clamor.  
Descienden danzando con rápidos giros  
extrañas figuras que vienen y van,  
gnomos y duendes que lanzan suspiros,  
grotescos abortos hijos de Satán.  
Y cercan al lego, que marcha adelante,  
formando asqueroso y horrible monton;  
le asedian é impelen con risa insultante,  
le animan al paso con lenta cancion.

Se agitan sus alas impuras,  
hacen gestos de incierta embriaguez,  
de amorosas y gratas dulzuras  
que envenenan y matan tal vez.

Se burlan del hombre atrevido,  
se mofan del necio galan,  
se agrupan con paso encogido  
defendiendo la torre de Illan.

Presagios son del delito,  
bustos gorgónicos son,  
que en el espacio infinito  
lanzan fatídico grito  
con horrenda confusion.

Y en largas escobas  
ginetes ardientes,  
cabalgan inmundos  
con loco placer.

Las brujas se agitan  
con risas vehementes,  
mil ecos profundos  
resuenan do quier.

Rauda centella  
con rojo fuego,  
torrentes vierte

de inmensa luz;  
Brilla en la torre  
que el pobre lego  
de miedo inerte  
mira al trasluz.

Y á la puerta  
llega y llama:  
solo el eco  
respondió.

Nada admira  
á aquel que ama,  
cuando hueco  
repitió

el sonido  
vagoroso  
y temeroso  
que á lo lejos  
retumbó  
en largo  
triste  
son.....

.....  
Mas la puerta con lúgubre chirrido  
lenta sobre sus ejes fué girando,  
y en el fondo un mortal encanecido  
hacia el dintel con pausa fué avanzando.  
Negro ropon su talla levantada  
con ondulantes pliegues envolvía,  
y de su vista hueca y azulada  
incierto fuego sin cesar salía.  
Allá en la estancia, en confusion dudosa  
brillaban instrumentos y figuras,  
que en la del lego mente pavorosa  
bailaban adoptando mil posturas.  
Calaveras de hombres y alimañas,  
mónstruos inmóviles, libros y amuletos,  
pinturas, geroglíficos y extrañas  
sombras: tal vez de blancos esqueletos.  
Esferas, alambiques, disecadas  
aves nocturnas de brillantes ojos,  
redomas de agua y fetos atestadas,  
del crimen y el dolor tristes despojos.  
En horrible y diabólico conjunto  
todo lo vió Antolin en un instante;

y aunque estaba mas blanco que un difunto,  
lejos de huir marchó para adelante.

## VI.

En el que se verá á un fraile tranformarse en ca-  
ballero.

Seria cansarte, lector,  
si describiese en mi cuento  
cuanto en la torre encantada  
pasó á nuestro pobre lego.  
Diz la historia que hizo un guiño,  
despues otro y otro y ciento,  
al pasar aquel umbral  
triste, callado y siniestro.  
Pues vió á su lado de pronto  
fantasmas, larvas y muertos,  
brujas, sapos y vestiglos,  
pajarracos de mal género,  
enanos con larga cola,  
mil crugientes esqueletos,  
damas con rostro de mico,  
hombres con faz de mochuelos,  
diablos con caras de grajos,  
grajos con rabos de perro,  
perros con alas de buitre,  
buitres con barba y con cuernos.  
Calaveras que se rien,  
relojes marcando el tiempo  
con agujas inflamadas,  
péndolas sin movimiento;  
lechuzas que leen un libro,  
pescados que hablan en griego,  
viejas cantando á la lumbre  
mientras bailan los espectros.  
Tan ilustres concurrentes,  
unos inmables, tiesos,  
y otros girando en los aires,  
gruñen en círculo inmenso  
mirando de Illán la cara  
y su adusto movimiento.  
Este condujo á Antolin  
de la estancia al negro centro,  
y en misteriosas palabras

supo el ardiente secreto  
de aquel corazon marchito  
por un fatal pensamiento.

—Mortal, le dijo el anciano,  
que por horizonte incierto,  
buscas la llama sublime,  
de un amor constante y tierno;  
si al pisar estos umbrales  
traes un decidido empeño  
en marchar para adelante,  
contesta al punto, que es tiempo  
de que vuelvas para atrás.

—Retroceder no es mi intento,  
dijo Antolin presuroso.

—Habla, pues: dí tu secreto,  
que el horóscopo del hombre  
se halla estampado en el cielo;  
en ese libro esplendente  
de planetas y luceros.

Habla, mortal, que levantas  
con mano airada el misterio  
de los destinos humanos,  
encerrados en mi seno.

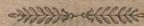
Habla y dí lo que deseas.....

—¡Oh! muy grande es mi deseo,  
mas si á tu voz obedecen  
estos infernales génios  
que ruedan en torno mio,  
calma el devorante fuego  
que abrasa mi corazon.

—¿Así lo quieres?

—Lo quiero.

(Se continuará).



### Solucion del geroglífico anterior.

*Cervantes es el rey de la novela; Tirso,  
Calderon y Lope, de la comedia.*

---

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SÚSCRITORES A LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 9.**

## ESTUDIOS HISTORICO-LITERARIOS.

### FERNAN RUIZ DE CASTRO.

(Conclusion).

Para realizarlo, debian el de Castro y Fortun sustraerse de las miradas de algun observador curioso de palacio, que pudiera sospechar alguna cosa si veia á nuestros hombres en tan estraño lugar y á una hora tan avanzada.

Decidieron, pues, retirarse de los jardines y esperar la noche siguiente para ponerse en observacion.

Fernan Ruiz de Castro pasó aquel dia completamente abstraído y en un abatimiento fatal. Cualquiera hubiera notado en su semblante lívido, en sus ojos chispeantes y en la contraccion de sus facciones, que aquel hombre no era el mismo que el que

dias antes alegraba á sus amigos con oportunos chistes y graciosas ocurrencias. Sin embargo, delante de su esposa hacia todo lo posible por aparentar una camplata calma, y cada vez que se veia precisado á dirigirla la palabra, hacia esfuerzos considerables para tratarla con dulzura y amabilidad.

Ella que á fuer de bien educada era sumamente cariñosa, tenia un disgusto considerable viendo enojado al hombre que mas amaba en el mundo, al que formaba su ventura infinita, á su adorado esposo, en fin, cuyo amor formaba su felicidad. Por esta razon le hacia mil preguntas, le colmaba de tiernas caricias, procurando indagar la causa de aquel hondo sentimiento; pero el de Castro, por toda contestacion decia que se encontraba indispuerto. Ella acababa por limpiarse dos gruesas lágrimas que se desprendian de aquellos hermosos ojos.

Fernan sufría interiormente los tormentos mas espantosos; pero fijo en llevar adelante su plan, le fué preciso decir á su esposa que aquel mismo dia le era preciso salir de Toledo, nueva cruel para Estefanía que tanto lloraba al pensar en las expediciones arriesgadas á que se veía espuesto su querido Fernan.

Todo, pues, se dispuso para el fingido viaje que tanto sentia la encantadora Estefanía, porque iba á marcharse la mitad de su corazon..... ¡su esposo! ¡Ah! ¡infeliz! la deliciosa calma que has disfrutado por espacio de bastantes dias, no tarde quizá en sufrir una mutacion extraordinaria.

Antes de ponerse el sol montaron nuestros supuestos viajeros en dos briosos corceles y se dirigieron hácia el puente de Alcántara, obra grandiosa que dá nombre á una de las puertas de la antiquísima ciudad de Toledo, y á paso rápido se dirigieron por el camino donde se halla situado el castillo llamado de Cervantes; pero bien pronto detuvieron su marcha y esperaron á que la noche cubriese la tierra con su negro manto.

Reinaba un silencio sepulcral por aquellos profundos valles, interrumpido solamente por la monótona cantinela de algun labrador que volvia al hogar doméstico á descansar de las faenas del dia.

Todo era imponente, magestuoso, para el observador que quisiera contemplar ya montes y riscos á un lado, ya simas profundas á otro. Fernan Ruiz de Castro y Fortun parecían dos espectros fantásticos situados debajo de un enorme peñasco, ansioso el uno por que llegara el momento de volver cautelosamente á los jardines de su palacio, en los que iba á resolverse una cuestion importantísima para él; la de su vida ó su muerte.

Ni una palabra dirigía el de Castro á su escudero, que de vez en cuando le hacia reflexiones oportunas acerca de la difícil si-

tuacion por la que iba á pasar, y procuraba disuadirle para que abandonase el negro plan que habia concebido su señor, pero este ni aun daba muestras de escucharle. Tan preocupada estaba su mente que solo atendia á medir el tiempo que le faltaba para volver á Toledo.

Así pasaron mas de seis horas, al cabo de las cuales, y antes que cerrasen la puerta de Alcántara, determinó Fernan deshacer el camino que antes habian andado.

La oscuridad favorecia sus designios; de manera que volvieron á la imperial ciudad sin que nadie los conociese, no sin haber tenido la precaucion de dejar sus caballos en una casa de campo inmediata al lugar donde habian estado ocultos.

Ya llegaron por fin al sitio designado para ser testigo de un acontecimiento extraordinario, y despues de haber penetrado con el mayor sigilo en lo mas espeso del vergel, se esconden debajo de un frondoso sauce rodeado de mirtos y espesa yedra. Parecían lobos puestos en cobil que con la vista fija en un punto esperan el momento crítico para precipitarse sobre su presa.

Sería media noche.

Todo era completa calma, y solo el viento agitaba fuertemente las plantas y tiernos árboles de aquellos jardines.

La luna hacia reflejar sus pálidos rayos sobre gran parte del jardín. Todo, pues, favorecia los intentos del marido celoso, frenético y sediento de venganza, que seguia oculto debajo del sauce, devorado por la mas cruel impaciencia: los momentos eran una eternidad para Fernan Ruiz de Castro.

Ya por fin divisan un bulto que se presenta en lo alto del muro y observan que se desliza cautelosamente por el tronco de un álamo situado junto á la tapia que servia de cerca á aquellos jardines.

De allí á pocos momentos rasga el aire un suave silbido, y vése aparecer por la

puerta secreta que daba entrada á palacio otra sombra que cual misteriosa vision se dirigia al centro del jardin.

¿Quiénes eran aquellos fantasmas? Eran en efecto dos amantes que no podian darse pruebas de su acendrado cariño sino á horas desusadas y sin que nadie los viese. Cinco minutos despues se encontraban juntos aquellos dos seres fantásticos que se habian jurado un amor eterno.

Oigamos como se espresaba el de Castro en aquellos instantes solemnes que iban á decidir de su suerte.

—Fortun, dijo, vélos allí; mi sangre hierve..... vamos ya..... No tengo duda en asegurar que la dama es Estefanía, pues he distinguido su pellote. El galan me es desconocido, pero..... ; infames! sea mi puñal quien castigue tamaño ultraje.

—Deteneos por piedad, señor.

—No, Fortun, me moriria sino tomase venganza por mi mano.

Dice, y como si fuera un tigre hambriento, hechos brasas sus ojos, señal cierta de su furor concentrado, se arroja con el puñal matador sobre el nocturno mancebo, y sediento de sangre hundió el inclemente acero en las entrañas del infeliz galan que ni siquiera pudo decir: *¡Dios valme!* Tan certero fué el primer golpe; mas era tanta la ceguedad del de Castro, que solo se cuidó en los primeros y fatales momentos de cebar su saña en aquel infortunado amante. Mientras tanto, corrió la dama despavorida y como impulsada por una fuerza sobrenatural á ocultarse en las habitaciones de palacio, buscando de este modo la salvacion de su vida.

Fortun no sabia que hacerse en aquella situacion tan crítica y desgraciada, y aunque hubiera intentado seguir á la encubierta, nada hubiera conseguido porque la oscuridad de las habitaciones de palacio era muy grande.

Mas bien pronto, queriendo Fernan Ruiz de Castro dar mas desahogo al sentimiento de venganza que alimentaba su corazon, penetró por la misma puerta por donde habia huido la dama, y sin hacer el mas leve ruido, se dirigió al aposento de Estefanía.

En él creia encontrar á la mujer adúltera, á la esposa criminal, y dado el primer paso, reducido á privar de la existencia al amante infortunado, era preciso consumir la obra cortando el hilo de la vida de aquella que un dia formaba todas sus delicias. De otro modo su corazon no quedaba satisfecho.

Ni un momento, pues, se detuvo el de Castro. Colocado junto al lecho de su encantadora esposa, hundió tres veces el puñal homicida en el seno de aquella angelical criatura. Cometido este horrible atentado, el mismo Fernan Ruiz de Castro pidió luz, que no tardó en venir á alumbrar aquella escena de llanto y desolacion.

En un tálamo de cedro adornado de ricas colgaduras estaba yerta la hermosa Estefanía, y á su lado, disfrutando un sueño dulce y tranquilo, el hechicero niño, salpicado con la sangre de su adorada madre; mas de nada la sirvió aquel ángel encantador contra la ira de su esposo; ¡infeliz! ¡entregada al sueño en mal hora no pudiste ver el puñal del homicida para detener su brazo!.....

Y no es esto todo; ¡qué horror! Para complemento de tanta desgracia aparece en la habitacion una mujer llorosa, desgredada, con el espanto pintado en su rostro, que viene confesando sus citas amorosas en los jardines; sus grandes escesos, y no menores abusos, en haber tomado para no ser conocida las vestiduras de su inocente señora.

Era una doncella ciegamente enamorada de la primera victima de Fernan Ruiz de Castro.

## IV.

Difícilmente podrian pintarse el dolor, el sentimiento, la profunda y angustiosa impresion que tuvieron lugar en el alma de Fernan Ruiz de Castro, al presenciar el terrible desenlace de aquel sangriento drama.

Rodeado de sus fieles servidores, y poseído de la mas grande desesperacion, se abrazó llorando amargamente al cadáver de la que un dia formaba su encanto, de aquella tierna y cariñosa madre, que era á no dudarlo, el modelo mas perfecto de las esposas, asesinada torpemente y en hora fatal por el hombre que mas la amaba en el mundo, pero impulsado por los furiosos zelos que consumian gradualmente su existencia.

Nadie podia separarlo de aquel funesto lugar, y á grandes voces pedia la muerte como término á tanta pena. La vida era para él una carga insoportable.

Frenético, delirante, lloraba como un niño al medir la inmensa desventura que le habia preparado el destino, hasta que por fin acabó aquella escena separándole de aquel sitio sus pages y escuderos, privado completamente de la razon.

Pocas horas despues volvió á recobrarla, y no se le oia decir mas que estas palabras: «¡¡Asesino!! ¡¡asesino de mi esposa!!» pero aquel lance terrible debia tener un término. El emperador Alfonso VII habia de saber muy pronto un acontecimiento que luego iba hacerse público en la corte, razon por la que decidió Fernan ser el mismo acusador de su su enorme delito.

Dominado, pues, por un vértigo horrible, sale Fernan de su palacio, no viendo en torno suyo mas que desgracia y desolacion. Vagaba hecho un loco por las calles de Toledo, y aunque varios criados le seguian de cerca, él huia de todos como avergonzado de una accion que iba á proporcionarle grandes males. Tal es la fuerza que ejerce en el alma ese sentimiento interior que llaman conciencia, juez el mas irrecusable y severo que pueda tener el hombre.

Llegó por último al palacio del esclarecido Alfonso VII, y hasta que penetró en su estancia no descansó un instante.

Mucha estrañeza causó al emperador ver á su jóven privado aparecer en la real

estancia á una hora tan desusada y con la desesperacion pintada en su semblante.

Pregunta Alfonso VII la causa de aquel acontecimiento, y el de Castro, por toda contestacion, se echa á sus pies llorando amargamente y repitiendo sin cesar: «*Perdon, señor, perdon para el criminal asesino de su esposa.*»

Profunda impresion causaron estas palabras en el ánimo de Alfonso, quien algun tanto repuesto, pide pormenores de aquel lance fatal.

Entonces Fernan contó minuciosamente cuanto habia sucedido, diciendo que solo con la pérdida de su existencia podria espiar semejante delito, pues que habia sido el cruel matador de una esposa inocente y á quien adoraba con locura.

Alfonso VII, con aquella dignidad propia de tan magnánimo emperador, le dijo estas palabras:

—«Levanta, Fernan, levanta: has obrado á impulsos de una vehemente pasion: los zelos han causado tu desgracia. Te hago merced de la vida: bastante castigo tienes con los remordimientos, con la voz de tu conciencia que irá consumiendo poco á poco tu corazon.»

Mandó en seguida que compareciese ante su presencia la que vistiendo ageno manto causó tantas desgracias, y fué su real voluntad que pereciese en las llamas la que dió márgen á tanta desventura.

Desde aquel dia fatal, negra sombra iba siguiendo á Fernan Ruiz de Castro. Era la de sus víctimas, que ni aun en sueños le abandonaban un instante. Así vivió infeliz con este recuerdo terrible, y cuando murió bajó con él al sepulcro.

La prediccion del gran Alfonso VII se habia cumplido exactamente.

.....  
.....  
.....  
Las acciones del hombre son mas ó menos imputables, segun la intensidad de las pasiones que dominan su corazon.

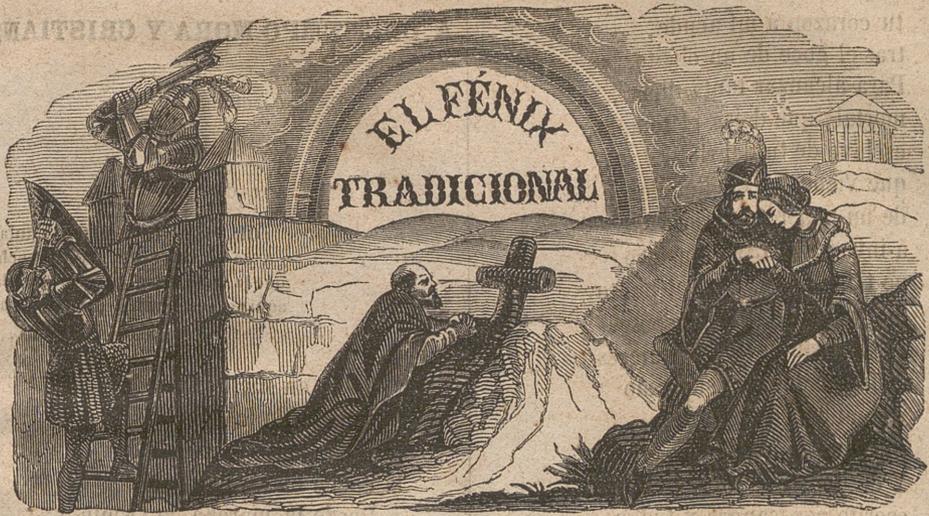
JUSTO FRANCES Y FLOREN.

---

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 10.**

### EL PUENTE DEL DIABLO.

(Continuacion).

—Entonces, de la urna oscura, do se contiene tremendo ó favorable el destino, salga pues:—Y esto diciendo, hizo una señal terrible que estremeció el pavimento. Las visiones se le acercan, ladran y ahullan los perros; chillan las brujas; los duendes tocan pitos y panderos; siente el soplido imponente del fantástico mochuelo; los trasgos abren la boca; las gargolas los pescuezos estiran; las alimañas, trazando giros inciertos,

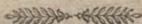
un horrendo simulacro forman en el aire espeso; las calaveras se mueven, se agitan los esqueletos; chocan ginetes estraños, montados en largos huesos, en el fondo tenebroso de aquel abismo siniestro. Y el pobre Antolin se aturde, pierde la vista, el aliento, y solo vé entre su mente la amada vision de fuego de la hechicera Eleonora que le arrastra hácia su seno con misteriosas caricias y fatídicos deseos. Don Illan se fué acercando, y con ademanes lentos le sujeta de una mano.

—Mira, le dice, sedientó

tu corazón á mí acude,  
 tras el goce de un objeto.  
 Para alcanzar tanta dicha,  
 mortal, que dejas el templo,  
 esclavo de tu delirio  
 que vienes en el silencio  
 de mi poder misterioso  
 á invocar el rayo inmenso,  
 no tiembles y firma al punto  
 lo que yo aquí te presento.  
 Firma este pacto, si quieres  
 disfrutar del bien supremo  
 que anhela tu corazón:  
 ¡de nuestra alianza es el sello!  
 Y desplegando un papel,  
 escrito con sangre y fuego,  
 toma una pluma, que un ave  
 se arranca y pone en sus dedos.

—Si es para mí la ventura,  
 venga el papel, dice el lego,  
 trazando su nombre en tanto,  
 con pulso firme y sereno.  
 Entonces..... estraña cosa;  
 á guisa de encantamiento,  
 se trasforma del amante,  
 el rostro, el traje, el cabello.  
 la estatura..... de tal modo,  
 que ya Antolin no es el mesmo  
 y sí el capitán Portillo  
 vestido de caballero,  
 con espuelas y bigotes,  
 con tizona y ferrehuelo,  
 con nobles botas doradas,  
 con elegante sombrero,  
 do se agita hermoso lazo,  
 al rico castor sujeto.

(Se continuará).



## A UN TIEMPO MORA Y CRISTIANA.

(Continuacion).

### CAPITULO II.

#### EL COMBATE.

¡Oh, ciega gente del terror guiada!  
 ¿A dó volveis los generosos pechos,  
 que la fama en mil años alcanzada  
 aquí perece, y todos vuestros hechos?

ALONSO DE ERCILLA.

Todo en silencio quedó  
 apenas brilló la luna;  
 toda la gente moruna  
 la noche en sueño pasó.

Desde la marcha de Osmin,  
 el ángel de los amores,  
 sola quedó entre las flores  
 de aquel hermoso jardín.

Cercada de sentimiento  
 la pobre niña, lloraba  
 y al viento sus quejas daba,  
 diciendo con dulce acento:

«¡Ah! ¿por qué le conocí?  
 ¿por qué sus ojos de fuego  
 me habrán quitado el sosiego?  
 ¿cuánto le adoro, ay de mí!

Por mi amante suspirando,  
 de su amor esclava siendo,  
 ¡oh! siempre le estoy amando  
 y siempre le estoy queriendo.

Sus pasos proteja Alá,  
 y le conserve la vida  
 que es para mí tan querida;  
 mas..... gente llega: ¿quién va?

—Un esclavo vuestro soy,  
 vengo á cumplir un deber;  
 vuestro padre os quiere ver.

—Sarraceno..... dí que voy.  
 Sale la mora hechicera  
 á ver á su padre amado,  
 el que con tierno cuidado  
 la dice de esta manera:

—«Hija del alma querida,

perla hermosa del Oriente,  
mira mi arrugada frente  
por los años consumida.

Me encuentro débil y viejo,  
mas te adoro con pasión;  
oye, pues, con atención  
de tu padre este consejo.

Del Africa en un confin,  
si yo llegara á faltar,  
tus dias has de acabar  
casándote con Osmin.

—Padre mio!.. ¿á qué afligirme  
con augurios tan fatales?  
¿á qué recordar los males  
que ocasiona.....

—Vas á oirme.  
Eres muy niña, hija mia;  
todo mi afán es tu suerte;  
quizá esté cerca mi muerte,  
quizá venga con el dia.

—A mí antes Alá me mate.  
Pero, padre... ¿con qué objeto?...

—Vas á saber el secreto.  
Se prepara un gran combate,  
pues tengo noticias ciertas  
de que el cristiano altanero  
camina á paso ligero  
de esta ciudad á las puertas.

No temo al fiero leon,  
ni su valor me amilana;  
tengo sangre musulmana,  
y me sobra corazón.

Vengan, pues, esa falange  
de arrogantes castellanos,  
y verán con estas manos  
hacerlos trizas mi alfange.

Solo por tu vida siento,  
solo por tí tengo miedo.

—Padre mio, estaos quedo,  
no salgais de este aposento,  
os lo pido por favor;  
ved mi terrible ansiedad.

—Y si de aquesta ciudad  
soy, hija, el gobernador,

¿no es vergonzoso tambien  
que rehuse la pelea?  
¡ah! no..... no..... que no se crea  
que ha sido cobarde Hacén.

Una idea se me alcanza;  
así que suene el clarin,  
vé al palacio del jardin  
y ten en Alá esperanza.

Y si dispusiera el hado  
que aquí viniese tu amante,  
yo le mandaré al instante  
que vaya, hermosa, á tu lado.

¡Ay! ¡ tambien sufro y padezco  
al despedirme de tí!

—¡Qué desgraciada nací!  
¡padre mio!.... os obedezco;  
mas presiente el corazón  
que en este suceso extraño  
se me prepara un gran daño;  
pero..... fijad la atención.—

De pronto voces lejanas  
resuenan en la ciudad,  
y en aquella inmensidad  
se ven las tropas cristianas.

Vense gruesos escuadrones,  
numerosa infantería,  
avanzando en simetría  
con sus airosos pendones.

Buscando van la fortuna;  
y entre todos, el primero  
vése un apuesto guerrero,  
el noble conde de Luna.

Nacido en el Aragon  
nuestro mancebo don Juan,  
ha puesto todo su afán  
en sostener su blason.

Mientras que se va acercando  
aquella tropa valiente,  
Hacén arenga su gente  
contra el enemigo bando.

Marcha Daraja la bella  
al palacio del jardin;  
mas..... ¿dónde se hallará Osmin?  
¿será dichosa su estrella?

Las voces en confusion  
se estienden por la ciudad,  
se aumenta la oscuridad  
y crece la turbacion.

Se ven los moros ufanos  
en lo alto de las almenas,  
mostrar sus frentes serenas  
esperando á los cristianos.

¡Ah, Baza! Ciudad de Alá,  
que alzabas tu frente airada  
por Hacén tan bien guardada,  
¿cuál tu destino será?.....

(Se continuará).

—  
**DORORA.**

—  
**CARIDAD.**

—¡Ay, amiga! ¿quién dijera  
que aquel de quien mal me hablabas,  
del mismo que te burlabas,  
ser de tí amado pudiera?

—Fué constante.

—Es la verdad.

—Pero yo tal no pensé.

—Has de saber que no fué  
envidia, fué *caridad*.

—Creo, segun me dijiste,  
que te amaba mas que á mí.

—Es que entonces... yo creí...

—Muy mal entonces creiste.

—Es tanta la falsedad  
de los hombres... que pensaba...

—Esta ocasion se mostraba  
para ver tu *caridad*.

—Irónica estás, ¡ay Dios!

—¿Cómo quieres que te diga  
lo que me pasara? amiga.

—Amigas... somos las dos.

—Yo te hablé con claridad.

—Hablaste cuanto quisiste.

—Pero entonces... tú ya viste...

—VÍ... tu mucha *caridad*.

—No te burles... yo te quiero.

—Como siempre.

—Mi placer

fué tu cariño tener  
aquí en mi pecho el primero.

—Fué noble, sí, tu amistad.

—¿Tanto olvidaste mi amor  
que me tienes hoy rencor?

—Tengo de tí.... *caridad*.

—  
**Anécdota.**

Erase un rey muy galante,  
y érase un duque casado;  
estaba aquel mal carado,  
y éste de muy mal talante.  
Contempláronse un instante  
las dos *testas coronadas*,  
y al verse tan demudadas,  
tan tristes y cejijuntas,  
se hicieron cuatro preguntas  
que así fueron contestadas:

—¿Qué pidiérais mas, señor,  
si lo hubiérais de obtener?

—Yo mi corona volver  
diadema de emperador.

¿Y tú, mi buen servidor?

—Yo... con la ambicion no sudo  
(dijo éste haciendo un saludo);

y así, quisiera lograr...

—¿Qué?

—Mi corona abdicar.

—¿Y cómo?

—Quedando viudo.

—  
**DON NICOLÁS CABELLO, EDITOR,**  
*calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.*

**MADRID: 1854.**

IMPRESA DE D. ANDRÉS PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO.

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE GABELLO EL MAYOR). Núm. 11.**

## LAS DOS NOCHES.

(Continuacion).

V.

El duelo.

D. Guillen de Vallseca (tal era el nombre del tutor de Hipólita) arregló sus papeles, hizo su testamento, dejando á esta por heredera de su fortuna, y con el corazon traspasado de dolor á causa del terrible lance que acababa de descubrir, se preparó para asistir á la cita que tenia pendiente con el infame violador del mas sagrado de los derechos.

Hipólita habia comprendido en un instante la grandeza de aquella alma que se disponia á morir por ella: habia medido la profundidad del abismo en que se veia se-

pultada, y aunque llena de vergüenza y desesperacion, cubierta de lágrimas y ahogada de amargura, conoció su funesta desgracia cuando era inevitable.

¡Ay! pobre flor marchitada en lo mas lozano de su juventud, no le quedaba otra esperanza sino morir.

Y en efecto, en estas supremas desesperaciones de la vida solo la muerte es el único calmante que existe: ilusion negra y dolorosa que se convierte en un mar infinito de dulzuras. ¡Este era lo que quedaba en aquel corazon tan ávido de esperanzas aquella mañana, tan empapado de veneno á la tarde.

Sabia lo que le esperaba si su noble tutor tenia la desgracia de sucumbir en el combate: ni compasion en el mundo; ni caridad entre sus amigos; ni consuelo en el porvenir.

La tarde estaba declinando: el sol pálido entre nubes nacaradas iba á sepultar su cabellera por detrás del levantado Monjuich, cuya gigante sombra se extendía por la murmurante ciudad como un manto de noche: el mar se quejaba lánguidamente y sus olas corrían sobre las suaves arenas en rizadas espumas. Las barcas de los pescadores se deslizaban por la superficie, recogiendo sus velas como las palomas plegan sus alas: el cielo, el aire, la naturaleza, los últimos y moribundos ecos de la tarde, el canto pasajero de los artesanos y campesinos que se retiraban por la antigua puerta de Santa Madrona, y desaparecían bajo los muros sombríos de Atarazanas, todo revelaba la proximidad de una noche clara y trasparente.

Cuando esta se fué extendiendo con magestuosa lentitud, vióse avanzar con pausa un alto caballero de noble continente y edad algun tanto adelantada, hácia la parte exterior de las murallas. Marchaba con imponente tranquilidad, y aunque una capa de seda negra cubría su cuerpo, aunque su hermoso castor protegía su rostro de las miradas indiscretas, conociase por su porte que pertenecía á esa clase distinguida de la sociedad, que impone por sus modales, é infunde respeto por su continente.

Era D. Guillen de Vallseca que se dirigia al punto de la cita.

Llegó por último á él y derramó una mirada recelosa por todas partes buscando á su contendiente.

Este no habia parecido; sin embargo no dudaba que acudiría á aquel parage de un momento á otro.

En efecto; cuando la noche se iba extendiendo progresivamente, vió avanzar hácia él tres caballeros envueltos en airosas capas, cuya moda principiaba entonces á ser peculiar de los españoles, y cubiertos con elegantes sombreros.

D. Guillen avanzó hácia ellos ahorrándoles la mitad del camino.

Cuando estuvieron á veinte pasos se conocieron recíprocamente.

Odon de Cifuentes iba acompañado de Bernardo de Ríaza y del jóven Molina, que tan friamente habia representado el papel de cura en la boda de Hipólita.

Los tres libertinos avanzaban en la misma línea. Cifuentes reía á mas y mejor; Molina cantaba una especie de vitatorio, y solo Bernardo caminaba triste y cabizbajo.

Cuando se encontraron á los cuatro pasos se saludaron cortesmente.

—Os hemos hecho esperar, dijo Cifuentes cesando de reir; pero á fé de caballeros que no ha sido nuestra la culpa, sino de unas pícaras muchachas que nos han entretenido en la Rambla mas de lo que cumple á nuestro deber. Perdonad.

D. Guillen no contestó, y solo miró al jóven de un modo tan imponente, que éste se encontró algun tanto descoyuntado.

—La noche se acerca, dijo Molina. ¿Caballero, no tenéis padrino?

—No, contestó secamente el tutor de Hipólita.

—Bien, yo seré vuestro. Ahora como conozco que en este lance no habrá composicion ninguna.....

Ninguna, murmuró D. Guillen.

—Como el asunto que se cuestiona....

—Caballero, tened la bondad de abreviar palabras. Venimos á pelear y no á hablar; venimos á morir uno de los dos y no á gastar inútilmente el tiempo.

—Poco á poco, caballero, exclamó Cifuentes: el asunto no es un juego ni una contradanza. Puesto que estais decidido á que os mate, porque debo deciros que soy un espadachin horroroso, conviene estipulemos el medio mas decoroso para que os reciba el suelo con la magestuosidad debida á vuestra edad y persona.

—Oh! sois un miserable, caballero. Os mofais de la muerte lo mismo que de las infelices jóvenes que han sucumbido bajo el poder de vuestra diabólica seducción, pero hay un Dios en el cielo que me vengará si sucumbo; hay un Dios en el cielo que vengará á Hipólita.

La entonacion de D. Guillen era tan imponente como la del comendador.

—Bah! dejad esa leccion de moral. Ahora os diré como vos nos deciais antes: venimos á pelear y no á oír sermones.

—Está bien: podemos principiar.

—Un poco de paciencia. He sido generoso diciendo que manejo la espada bastante bien para no dejarme matar. Por lo tanto teneis derecho para elegir armas.

—Lo dejo á vuestra eleccion.

—Jamás usaré de esa facultad.

—Yo solo he traído espada porque pensaba batirme con ella. Caballero... perdonad; he usado mal de esta palabra: ¿queréis cruzar vuestro acero con el de mi amigo el señor de Alconchel?

Cifuentes se puso algun tanto pálido.

Habia sentido clavárselo en el corazón la imperiosa frase de su antagonista, y temia tener que habérselas con la espada del padre de su víctima.

Con todo, repuesto de su sorpresa no perdió ni su carácter burlon ni su serenidad.

—Oh! oh! dijo; tendré una satisfaccion extraordinaria en que mi espada de pisa-verde se toque con tan respetable monumento. Caballero, aunque sea curiosidad, esa espada debió brillar en Almansa ó Villaviciosa.

D. Guillen lo miró con profundo desprecio, y volviéndose á los dos testigos de su adversario observó:

—Estamos perdiendo el tiempo con esas fanfarronadas de moda. ¿Tuviérais la bondad de escoger el sitio para el duelo?

—Con vuestro permiso, le interrumpió

Cifuentes; el mejor de todos es la misma orilla del mar. La marea va creciendo y el que quede tendido en tan blando colchon de arena, tendrá el gusto de servir de cena á los lobos marinos que abundan en estas ocasiones.

—Vamos allá, fué la única contestacion del tutor de Hipólita.

Los cuatro se encaminaron á un parage donde el mar resbalaba suavemente sus fosforescentes espumas, como si un millon de estrellas jugueteasen en aquel fondo de las negras olas; la arena húmeda y compacta presentaba un corto espacio con la solidez suficiente para servir de teatro en aquel drama que con preparativos tan risueños se iba á representar.

Aquel sitio era muy conocido para borrar todas las sospechas; la sangre se lavaria al tiempo de caer; el mar arrastraria un cadáver á la retirada de la marea, y si este tenia la suerte de escapar de los dientes de los grandes pescados, seria arrojado al cabo de algunos dias sin las formas correspondientes para ser conocido.

Por lo tanto nada habia que temer con respecto á los edictos del rey sobre desafíos.

Colocado un rival en frente del otro, sacaron las espadas, no sin que Odon hiciese una apología de lo bien que se conservan los cuerpos muertos cuando toman un prolongado baño de agua-sal, remontándose en sus científicas consideraciones, haciendo ver que los egipcios usaban de este método para conservar sus momias.

D. Guillen, que ya habia oido con sobrada paciencia las profundas teorías de su adversario, las cortó con estas escasas palabras:

—Vamos: en guardia.

—No tanta prisa, D. Guillen. Me sé ha metido en la cabeza que voy á mataros, y en verdad que lo siento. ¿Qué vale una mujer cuando media la vida de un hombre? Hipó-

lita se consolará; el tiempo borrará lo demás.

—Miserable; ¿rehusais tal vez?

—Ya veis que os permito insultarme; todavía es ocasión para envainar las espadas.

—No, no; necesito vuestra sangre ó que derrameis la mia.

—Fatal empeño, replicó Odon encogiéndose de hombros; puesto que no os convencen mis razones; aquí me teneis.

Y se puso en guardia con toda la soltura y prontitud académicas exigidas en aquella época de desafíos.

En aquel mismo instante salía la luna como un buque inflamado del seno de las ondas, y vertiendo un pálido rastro hasta los piés de los combatientes, presentó un fondo amarillento. Ante aquella silueta aparecían como cuatro sombras negras las cuatro figuras de los caballeros.

Reinaba entre ellos el mas profundo silencio; solo el mar y el choque de las espadas eran los únicos rumores que quebrantaban las armonías de la brisa.

El combate era encarnizado, tenaz y vigoroso: en él se apuraban todos los resortes de la esgrima, toda la astucia de los dos rivales: sus pechos lanzaban ahogados mugidos.

Después de media hora de incertidumbre y ansiedad, uno de ellos se tiró á fondo.... El golpe era terrible; la espada asomó humeante por la espalda, y tras ella un chorro de sangre.

El herido no lanzó una palabra ni un gemido; vaciló, estendió los brazos para buscar apoyo, pero cayó de pronto....

—¡Estaba muerto!

—*Requiescat in pace*, dijo una voz que aunque alterada se conoció era la de Cifuentes; el pobre señor no ha podido vengar su pupila.... Vámonos.

Los tres jóvenes se desvanecieron como tres sombras.

Una ola mugiente y espumosa arrastró el cadáver de D. Guillen Vallseca.

¡Todo estaba concluido! Tales habían sido los resultados de aquella primera noche de locuras y disfraces.

(Se continuará.)

### Anécdotas históricas.

Por la época en que se celebró el concilio general primero de León de Francia, Santo Tomás de Aquino recibió del Papa Inocencio IV cuantas distinciones podía merecer el mas ilustre y sábio de los hijos de la iglesia. Un dia en que el Pontífice hacia ostentacion de su poderio, enumerándole de un modo algun tanto fastuoso sus riquezas, ofreció ante los ojos del Santo un tesoro inmenso, añadiendo:—Ya veis que no estamos en aquellos tiempos en que San Pedro decia: «No tengo oro ni plata».

—Sí, contestó Tomás; pero tampoco estamos en aquellos tiempos en que San Pedro decia al paralítico: «Levántate y anda».

El emperador Carlos V padecía de la gota; un dia le dijo el conde de Buren: «Señor, el imperio cojea».—No son los piés los que gobiernan, replicó Carlos, sino la cabeza.

Algunos años después, retirado en el monasterio de San Yuste, no consiguiendo poner de acuerdo dos relojes, «¿qué loco era, esclamó; he pretendido no obstante reducir á la uniformidad tantos pueblos diferentes en su language y clima.»

Quizá fué hijo de este pensamiento aquel otro no menos notable que espresó así delante de su corte:—Un buen ejército debia tener la cabeza italiana, el corazon aleman, y el brazo castellano.

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 21.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES A LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 12.**

**A UN TIEMPO MORA Y CRISTIANA.**

(Continuacion).

**CAPITULO III.**

**EL RAPTO.**

Acude, corre, vuela,  
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,  
no perdones la espuela,  
no des paz á la mano,  
menea fulminando el hierro insano.

FRAY LUIS DE LEON.

Furioso bramaba el viento:  
era noche oscura y fria;  
¡ qué tempestad ! parecia  
que iba á hundirse el firmamento.

En la inmensa oscuridad  
que aquel espacio rodea,  
sigue terrible pelea  
con fuerte tenacidad.

Dos horas llevan sembrando  
el luto y desolacion;  
si el moro tiene teson,  
mas tiene el cristiano bando.

¡ Alá !.... grita el musulman,  
¡ Castilla !.... dice el cristiano,  
y ambos con furor insano  
la muerte horrible se dan.

Y al terrible crugir de los aceros  
y á los choques furiosos de la lanza,  
solo se escucha entre ayes lastimeros  
¡ Alá ! ; Castilla ! ; venganza ! ; venganza !

Prodigios de valor los jefes dando,  
el viejo Hacén demuestra su bravura,  
y do quier presuroso va animando  
al fiero musulman en su locura.

Firme el conde de Luna, á quien valiente  
llaman con entusiasmo sus soldados,  
elige lo mejor de entre su gente  
y ataca la ciudad por otros lados.

Ya consiguen trepar por la muralla;  
y buscando animosos la fortuna,  
mientras sigue á otro lado la batalla  
entra en Baza el primero el noble Luna.

Sola allí la ciudad..... un centinela  
del palacio de Hacén guarda la entrada,  
mansion de llanto donde triste vela  
la hechicera Daraja enamorada.

Fija en aquel lugar la linda mora  
contemplando las flores del jardín,  
por la suerte del padre ansiosa llora  
y pide por la vida de su Osmin.

Llena de sentimiento el mas profundo,  
por horribles visiones abrumada,  
cercano escucha el ¡ay! de un moribundo  
y corre á su mansion toda asustada.

Mas era tarde ya, pues muerto el moro  
que guardaba la puerta del jardín,  
corria el conde tras aquel tesoro  
y dueño se hizo de Daraja al fin.

Ella, guiada por su amor ardiente,  
creyó ver á su amante en el cristiano;  
pero ¡triste infeliz! ¡niña inocente!  
¡desengaño terrible! ¡amor insano!

¡Amor! ¡amor!.... floridas ilusiones  
siempre haces concebir á un alma pura;  
juegas con los humanos corazones,  
y das tras los placeres la amargura.

Al fijarse en don Juan con arrogancia  
frustrada su ilusion, su mirar fijo  
en el que osaba profanar su estancia,  
con imperiosa voz así le dijo:

—¿Con qué derecho pisais  
aqueste lugar vedado?  
¿no sabeis que es un sagrado  
el sitio donde hora estais?

Salid de aquí: os perdono  
vuestro proceder ligero;  
idos pronto, caballero,  
no esciteis mi justo encono.

—No puedo salir de aquí  
sin vos, niña encantadora;  
mi alma rendida os adora  
con ardiente frenesí.

—Tened la lengua importuna;  
¿con qué derecho lo espera?  
¿quién sois?

—Vos, mi prisionera.  
Yo, don Juan... conde de Luna.—

Y sin perder un momento  
y con valor suficiente,  
el conde llama á su gente,  
pone en práctica su intento.

Daraja está desmayada,  
y aquel mancebo entretanto  
cubriéndola con su manto,  
de su angustia no se apiada.

Lleno de amor anhelante  
la coge al fin en sus brazos,  
y huye en cariñosos lazos  
con presa tan importante.

—Saltemos por la muralla,  
esas cuerdas preparad.

—Señor..... su vida guardad.

—Todo mi amor lo avasalla.—

Empresa atrevida fuera  
sin la pasion que imperaba  
en don Juan, que suspiraba  
por la hermosa prisionera.

La vió tan solo un momento,  
y latió su corazón,  
que no puede la razon  
sujetar el sentimiento.

Accion de tanto interés  
el conde de Luna abraza,  
y todos fuera de Baza  
se hallaron poco despues.

Horrenda lucha seguia  
de la ciudad á otros lados,  
mas los moros fatigados  
esperan el nuevo dia.

Marchan á Baza por fin,  
y entre ellos se ve cruzar  
un moro que corre á entrar:  
este era el célebre Osmin.

Entretanto los cristianos  
de mil laureles cubiertos,  
muchos moros dejan muertos

y se retiran ufanos.

El hambre y sed los acosa,  
y entre ellos el noble Luna  
bendice ya su fortuna  
al ver á su mora hermosa.

CAPITULO IV.

TRAS EL PLACER, EL DOLOR.

Derriba, rompe, hiende, parte y mata,  
trastorna, arroja, oprime, estrella, asusta,  
envuelve, desaparece y arrebatata.

VICENTE ESPINEL.

Envuelto de nubes sombrías el cielo,  
presenta un aspecto de negro color;  
cadáveres yertos cubriendo aquel suelo,  
infunden al alma tristura y pavor.

Los ayes se escuchan de algun moribundo  
que pide la muerte para no penar;  
en Baza se observa silencio profundo  
tras horas pasadas de horrible pesar.

Noche es todavía; rendidos los moros  
despues de un combate de fiero sostén,  
llamando pronuncian acentos sonoros  
al viejo caudillo, al célebre Hacén.

Le llaman ansiosos, porque es su consuelo,  
porque es el buen padre de aquella ciudad,  
y todos á un tiempo en medio su duelo  
demuestran por verle completa ansiedad.

Mas... ¡ah, desgraciado! la suerte importuna  
con furia estremada al guerrero trató;  
porque eso que llaman los hombres fortuna,  
á Hacén el anciano de nada sirvió.

Despues del combate está descansando,  
y triste á su lado con él se halla Osmin;  
mas ambos ansiosos se están preparando  
para ir al palacio que está en el jardin (1).

Quedó allí Daraja en penas sumida,  
su suerte esperando con resignacion,  
cual tierna azucena se vió combatida  
por choque terrible del fiero aquilon.

Ya en fin los dos moros llegan prosuosos,

buscan á Daraja, registran do quier,  
preguntan por ella asaz afanosos,  
nadie da noticias de aquella mujer.

Un moro les dice que ha pocos momentos  
estando en oscura v estrecha prision,  
oyó en los jardines agudos lamentos,  
indicios seguros de negra traicion.

Encienden antorchas, salen al instante  
mirando anhelantes por todo el jardin,  
y hiere sus ojos objeto brillante  
que toma en sus manos el valiente Osmin.

La suerte dispuso que en hora oportuna  
leyese aquel moro, cercano á la luz,  
un lema que dice: «*Del conde de Luna*»;  
era una preciosa y brillante cruz.

Descórrese el velo de aquel hondo arcano  
ya Osmin el misterio de todo entrevió;  
delante la cruz, con ella en la mano,  
furioso de zelos, así se espresó:

—Me han robado mi tesoro,  
me han quitado mi esperanza,  
¡cristiano! fiera venganza,  
venganza, te jura el moro.

Por Alá que accion tan ruin  
ha de castigar mi mano;  
muy pronto sabrás, cristiano,  
quién es Mohamet Osmin.

Yo, que tan profundo amor  
á mi adorada rendia,  
ahora el cielo me envia  
*tras el placer, el dolor.*

Para mí que era mas bella  
que una perla del Oriente,  
y al verla tan inocente  
cifra en ella mi estrella.

Fragante y hermosa flor,  
de mis pesares consuelo,  
¿por qué ahora me envia el cielo  
*tras el placer, el dolor?*

¿Por qué tan fuerte quebranto  
y por qué tan cruel tortura?  
¿cuán grande es mi desventura!  
¡ah! ¡sí! ¡la adoraba tanto!

(1) Se designaba con el nombre de «Barrio del Jardin» la parte occidental de la ciudad de Baza.

Yo gozaba con su amor  
felicidades sin cuento,  
y ahora viene... ¡qué tormento!  
*tras el placer, el dolor.*

—Tienes razon, hijo mio,  
le contesta el viejo Hacén;  
mas... ven á mis brazos, ven,  
olvida tu desvario.

Sí, tengamos esperanza  
que la hemos de hallar un dia;  
¡pobre Daraja! hija mia,  
tu raptó... pide venganza.

Yo volaré en tu defensa  
castigando este desman,  
y verán que un musulman  
sabe vengar una ofensa.

Y aun cuando el poder se aduna  
en favor del castellano,  
yo buscaré á ese villano  
que llaman conde de Luna.

Pensando en vengarse los dos se retiran,  
dejando aquel sitio de tanto penar;  
venganza tan solo sus pechos respiran  
despues de aquel dia de horrible pesar.  
De aquellos guerreros se vé en el semblante  
pintado el coraje que el hado grabó;  
despues que marcharon el padre y amante,  
profundo silencio de nuevo reinó.

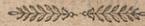
(Se continuará).

### EPIGRAMAS.

Preguntóle cierto dia  
un señor á su criado:  
¡qué piensas? y él respondió:  
Señor... estaba *piensando*...  
el otro dijo al instante:  
nunca mejor has hablado.

Pególe á un truhan tramposo,  
borracho, pilló y sin seso

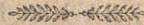
un hombre de mucho peso,  
y aquel le desafió.  
¿Por qué haces tal? preguntóle  
un antiguo compañero;  
y él respondió... porque quiero  
que quede limpio mi honor.



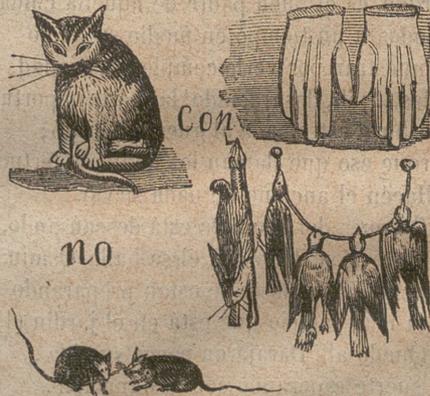
### CHARADA.

- EL.... ¿En qué tu desdén se funda?  
¿de qué nace ese desvío?  
¿quién te hizo daño, bien mio?
- ELLA. Tu primera y tu segunda.
- EL.... ¿Esto tu sosiego altera?  
deja á un lado esos recelos.  
Dime, ¿qué causa tus celos?
- ELLA. Tu segunda y tu primera.
- EL.... Pues dime, hermosa Jacinta,  
¿no te amo con ceguedad?  
¿no estoy á tu voluntad  
cual mi fércia, cuarta y quinta?
- ELLA. ¿Y es verdadero tu amor?
- EL.... Tan verdad como mi todo  
espresa de cualquier modo  
un elegante color.

La solucion en el número próximo.



### GEROGLIFICO.



La solucion en el número próximo.

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 13.**

## LAS DOS NOCHES.

(Continuacion).

### VI.

La vida humana es un tegido de flores y lágrimas, de esperanzas y desengaños, de luz y tinieblas. Pasado cierto tiempo, cae la indiferencia y el hastío sobre esas devastaciones profundas del corazón, y concluye por olvidarse todo.

Un año después de las escenas que acabamos de describir, nadie se acordaba de ellas; bien es cierto que no todos habían penetrado la verdad de aquellos misterios.

Una violenta enfermedad sobrevino á la inesperada catástrofe de verse Hipólita burlada, aumentada doblemente con el apéndice

de la muerte de su tutor; pero como no hay mal que cien años dure, la niña pudo andar y darse á luz al cabo de dos meses, procurando borrar á todo trance la historia de su deshonra.

¡Cuán desconocida estaba, y sin embargo, cuán hermosa todavía!

El rostro humano es á veces una semejanza del cielo. Hipólita había perdido el color de la rosa, la pureza brillante de sus primitivos días, tal como vemos oscurecerse la atmósfera cuando es enlutada con los velos de la tempestad. Hablaba poco; sus ojos secos y relucientes miraban con fijeza extraordinaria todos los objetos; parecia aquejarla un sentimiento profundo, si bien procuraba presentarse á la multitud como la Hipólita joven, pura, risueña y burlona de otros tiempos.

De este modo pasó aquel año fatal.

Pero la dama de los sesenta y nueve años estaba herida de muerte.

Poco á poco se fué retirando de los círculos mas concurridos; la desesperacion fué clavando en su alma sus agudas garras, y el dolor y otro sentimiento mas grande acabó por secar aquella pobre flor que tan radiante se habia ostentado en los primeros dias de su primavera.

El resultado de todo fué el que Hipólita tratase de huir del siglo de la noche á la mañana.

Una niña que pretende meterse monja ó intenta irse á un asilo de beatas, es una novedad para la gente profana; pero cuando esta niña es la mas hermosa y desenvuelta de una ciudad, entonces á mas del sumo interés que inspira el asunto, se crean mil historietas á cual mas absurda y estraña.

Esto cabalmente fué lo que aconteció cuando se supo en Barcelona la romántica determinacion de Hipólita.

No hubo jóven que no la sintiese ni dama que no se alegrase. La chismografía principió á ensangrentarse en la desgraciada víctima, y tanto se dijo y tan diversos comentarios se hicieron, que al fin y al cabo quedó, como siempre acontece, oscurecida la verdad y enaltecida la mentira.

El resultado fué que Hipólita tomó el velo.

Una de aquellas tardes en que todo el mundo se entregaba á dar pábulo á estos rumores y á fomentar tales habladurías, y un mes despues del ruidoso acontecimiento, vióse á dos elegantes jóvenes dirigirse hácia el puerto y buscar un marinero que tomase á su cargo el conducirlos en una lancha á la hostería del Cisne, deliciosa morada construida en las orillas del mar.

El viage no era tan fácil como ellos habian creído; las olas estaban muy alborotadas; el cielo cubierto de negros vapores anunciaba una noche horrorosa, y el viento, si bien pesado y ardoroso, lamia de vez en

cuando la superficie del mar con un silbido agudo y penetrante.

Los dos jóvenes ofrecieron, amenazaron, patearon, pero los espertos marineros se negaron á llevarlos á la hostería, hasta que se presentó un patron que, mediante un puñado de monedas de plata, se comprometió á conducirlos en su lancha.

Hecho el convenio se embarcaron.

Los dos jóvenes se sentaron en la popa, y aunque el bote daba terribles cabezadas, ellos permanecian serenos y dispuestos á lo que la Providencia ó la casualidad dispusiese.

—¿Está muy lejos la hostería? preguntó uno.

—Una media legua, contestó el marinero.

—Bien. Remad y llegaremos pronto.

Y volviéndose hácia su compañero prosiguió:

—Ya ves, Odon, lo que puede la fuerza de un capricho.

—Es preciso, Bernardo. Es un lance de decoro al que no debemos faltar.

—Sí; pero cuando la mar se opone y el tiempo no lo permite...

—¡Bobería! Una palabra es primero que esas cosas. Se nos ha provocado á una partida de juego y la hemos aceptado. La cuestion se reduce á llevarnos el oro de esos caballeros ó á dejar el nuestro en su poder. Para esto convinimos reunirnos en la hostería del Cisne, porque los edictos del rey son muy rigorosos, y seria una imprudencia jugar en Barcelona; ya debes conocer que no hay por qué lamentarse.

—¡Ah, Odon! murmuró Bernardo; serán aprensiones mias, pero algunas veces me dan, intenciones de retirarme de esta vida agitada, tan rodeada de peligros, tan cubierta de desgracias.

—¡Já!... ¡já! exclamó Odon de Cifuentes mofándose de su amigo; veo que estás loco. ¿Pretendes huir del mundo y hacerte fraile como cierta jóven se ha metido monja?

Bernardo se estremeció ante aquel recuerdo.

—Compadece á la desgraciada en vez de burlarte de ella, exclamó sintiendo que su frente se bañaba de un sudor frío. Ya hace un año que pasó aquel drama, y el velo del tiempo y del olvido, ya que no otra cosa, debe caer sobre él.

Odon se volvió á reír con cierta impiedad.

—¡Vaya! Te vas volviendo más sentimental que Demócrito, y más serio que Anaxágoras, querido. Estamos de vuelta en el antiguo teatro de nuestras glorias, despues de esquivar las diligencias de la justicia, y esto no es para que te entristezcas.

—No, no, Odon; es que mi alma me predice yo no sé qué cosa triste al fin de esta alegría forzada que nos rodea. Muchas veces me acuerdo de esos hombres ilustres por sus calaveradas, por sus escándalos, por sus amores; registro todos los arcanos de su vida, y al fin y al cabo saco una consecuencia exacta, que no es otra, sino el que mal vive mal acaba.

—Terrible lógica! contestó Odon; es decir que para mí el fin de todo es la muerte. Lo mismo dá que sea un tabardillo ó una escatocada lo que acabe con nosotros: el resultado es igual.

Bernardo no contestó, y bien seducido por su amigo, bien por otra causa, quedó algun tanto pensativo.

Odon entonó un cañto alegre.

El marinero seguía remando.

La noche estendió sus espesos velos: los prolongados mugidos del mar se dilataban á lo largo de la erizada costa que iban recorriendo, y á veces la fantástica luz de un relámpago lanzaba sus pálidas llamaradas sobre la tierra, las olas y el cielo.

De pronto presentóse en la inmediata playa una mole oscura y compacta, cuyas líneas se dibujaban en la densa silueta del

horizonte como un castillo; cual un convento, ó tal vez como un palacio.

Las ondas del mar corrian á estrellarse tristemente contra aquel enigmático edificio.

—¿Qué sombría mansion es esa que se descubre en la orilla? preguntó Odon al marinero.

—Es el monasterio de Santa Eulalia, contestó el hombre del mar con su tono indiferente.

Bernardo fijó sus ojos en las elevadas torres del sagradó edificio con ansiedad y terror inexplicables, siempre guardando el mismo silencio.

En estó un ardiente relámpago inflamó los negros nubarrones de la atmósfera y alumbró por algunos segundos el convento.

Bien fuera el siniestro colorido que le habia dado el cielo, bien que tuviese una forma singular, el monasterio apareció á los ojos de los dos mancebos como una inmensa tumba.

Se miraron y enmudecieron.

El marinero despues de haber hecho virar á la lancha exclamó:

—Historias misteriosas han esparcido entre la multitud no sé qué espanto hácia ese edificio; pero esto no deja de ser un rumor sin fundamento.

—¿Como! preguntó Bernardo de Ríaza. ¿Acaso han dado que sospechar en el mundo esas buenas religiosas?

—Nada de eso, señor! Como acontece que el convento está á un cuarto de legua de Barcelona, sirve de cita para los amores, para los desaffios, para las partidas de juego y otras cosas, y de aquí resultan muertes, camorras y aventuras, donde mas de una vez por semana tienen que intervenir los vegueres de la ciudad. En cuanto á lo demás nada mas austera ni digna de alabanza que la vida de esas buenas monjas. Como una prueba de lo que digo es el empeño que tienen de entrar en él las que pretenden huir

del mundo. Dícese que dias atrás tomó el velo en él una hermosa jóven.

Odon y Bernardo volvieron repentinamente la cabeza á estas últimas palabras, únicas que habian atendido de la relacion del buen marinero.

—¿Una jóven? preguntó Riaza.

—Sí, señor. Una perla. Dicen que desengañada de unos amores....

—¿Y no sabes cómo se llama?

—Pronuncian su nombre en voz baja. Es un misterio.

—Pero su nombre no debe serlo, contestó Odon sonriéndose. Ya pasó esa época en que las damas se tapaban para buscar lances de amor. Hoy marchan todos con el rostro descubierto y con su fé de bautismo debajo del brazo.

—Sin embargo, murmuró el marinero; todo Barcelona acudió á la ceremonia y nadie pronunciaba su nombre sino en voz baja.

—¿Y lo oísteis? preguntó Odon.

—Oh! eso sí.

—Entonces tendreis la bondad de decirnoslo.

—Esperad á ver si lo recuerdo.

—Yo creo que estimulándoos con esta moneda de plata....

Y Odon, conducido por un extraño sentimiento, arrojó en el gorro del marinero una pieza de dicho metal.

Un gesto apacible vagó algunos instantes por el tostado rostro de éste.

—Gracias, monseñor, como dicen los marineros italianos, dijo tomando la moneda; creo que la niña en cuestion se llamaba la señorita Hipólita Severina de Alconchel.

Odon, á pesar de su completo desprecio á todas las cosas, no pudo reprimir una sensacion que puso á su rostro pálido como la cera. Bernardo se estremeció violentamente.

Un relámpago brotó en aquel instante del fondo de una nube y alumbró la lancha

á los tres hombres que en ella iban y al lejano monasterio.

—Veo que el tiempo se va poniendo mas borrascoso, murmuró Cifuentes sin poder desviar sus ojos de la negra mole de Santa Eulalia. Marinero, ¿queda mucho para la fonda del Cisne?

—Del modo que está el mar, una media hora.

—¿Voto á Satanás! Bernardo, he pensado una cosa.

—¿Cuál? preguntó éste, que se hallaba distraído al parecer.

—Que desembarquemos. La orilla está cerca, y podemos ir á pié mejor que sufriendo estas horribles mecidas.

—Estoy conforme.

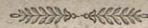
El marinero obedeció la orden de los caballeros y con sobrada satisfaccion suya, porque nada perdía y trabajaba menos, los dejó en la playa alejándose él en seguida entonando una cancion.

Odon se envolvió en su capa y en vez de dirigirse por la costa adelante, varió de direcion.

—¿A dónde vamos? preguntó con estrañeza Bernardo.

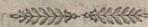
—Al monasterio de Santa Eulalia, contestó Odon lanzando una sonrisa glacial.

(Se continuará.)



*Solucion de la charada inserta en nuestro número anterior.*

AMORATADO.



**Solucion del geroglífico anterior.**

*Gato con guantes no caza ratones.*

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES A LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 14.**

## A UN TIEMPO MORA Y CRISTIANA.

(Continuacion).

### CAPITULO QUINTO.

#### LA PRISIONERA.

Ojos claros, serenos,  
 si de dulce mirar sois alabados,  
 ¿ por qué si me miráis, miráis airados?  
 si cuanto mas piadosos  
 mas bellos pareceis á quien os mira,  
 ¿ por qué á mi solo me miráis con ira?  
 ojos claros, serenos,  
 ya que así me miréis, miradme al menos.

GUTIERRE DE CETINA.

Ya lector será razon  
 volver atrás la memoria  
 y fijar con precision  
 si me prestas tu atencion  
 el hilo de nuestra historia.  
 Dejemos padre y amante

que lloren su desventura,  
 porque la suerte inconstante  
 lleva tras si en un instante  
 nuestro placer y ventura.

Cuando contentos estamos  
 gozando felicidad,  
 cuando con placer soñamos,  
 por la suerte nos hallamos  
 tratados con crueldad.

Esto á nuestro Osmin pasó;  
 cercana estaba su boda  
 con Daraja, mas.... ¿ Qué vió?  
 que todo su bien voló,  
 que huyó su ventura toda.

En tanto el noble D. Juan  
 caminaba hácia Sevilla  
 cual satisfecho galan  
 Porque encima su alazan  
 llevaba una maravilla:

Era una doncella hermosa

asombro del pueblo moro ,  
fragante y temprana rosa,  
tierna niña candorosa  
y de gracias un tesoro.

Lleno de amor anhelante  
la estrechaba con ardor,  
y al contemplar su semblante  
en él hallaba el amante  
la inocencia y el candor.

—Muy grande es la pena mia ,  
tened lástima de mí ,  
soy muy niña todavía:  
esto la mora decia ,  
D. Juan se espresaba así.  
—¿Qué te aflige en este mundo?  
¡oh! dímelo por piedad ,  
porque mi amor es profundo ,  
y en tí mi ventura fundo ;  
háblame con libertad.

No aumentes , no , mis dolores  
no consentas sufra tanto ,  
olvida tus sinsabores  
que el ángel de los amores  
nos cubrirá con su manto.

Vuelva , vuelva tu reposo ,  
linda mujer , sin mancilla ,  
haz á tu amante dichoso ,  
que ese mismo ángel hermoso  
nos pondrá luego en Sevilla.

No temas , luz de mis ojos ,  
allí placeres tendrás ,  
leyes serán tus antojos ;  
mírame , pues , sin enojos ,  
¿á qué hacerme sufrir mas?  
—Me acuerdo mucho , señor ,  
de mi pobre padre anciano ,  
¿y el moro que con ardor  
me rendia un tierno amor?.....

—Te adora mas un cristiano.

Sin tí , Daraja , mi vida  
me sería insoportable ,  
no destruyas , no , querida ,  
esta mi pasion nacida  
de un cariño incomparable.

Al robarte , una esperanza  
me ha inspirado tal accion :  
satisfago una venganza ,  
á todo el destino alcanza ,  
préstame , hermosa , atencion.

Nací noble y caballero ,  
nacido en dorada cuna  
de mi familia el primero ,  
tuve por padre un guerrero  
llamado el conde de Luna.

Murió con el sentimiento  
de no abrazar á su hija:  
¡pobre Leonor ! ¡qué tormento !  
no aparta , no , el pensamiento  
la idea que en él hay fija.  
¡De tres años ! ¡desgraciada !  
por su fiera suerte lloro ,  
pues nació en hora menguada.

—¿Y por qué tan desdichada?  
—Fué robada por un moro.  
—¿De qué manera?

—Escuchad :

Tendiendo la noche el manto  
del mundo en la inmensidad ,  
reinaba una oscuridad  
que infundia al alma espanto.

En un castillo vivia ,  
situado allá en Aragon ,  
mi padre , y cuando dormia  
le hicieron una falsía  
y la mas infame accion.

Si , la dueña de mi hermana ,  
fingiendo amoroso afan  
por su Leonor , ¡ah tirana !  
cual renegada cristiana  
adoraba á un musulman.

Pues bien , en la noche oscura ,  
así faltando á su Dios ,  
llenó á un padre de amargura ,  
y siendo á su fé perjura  
con ella huyeron los dos.

Con suceso tan extraño  
traspasado de quebranto ,  
mi padre murió aquel año ,

y yo siempre por mi daño  
triste vierto amargo llanto.

Ya he perdido la esperanza  
de encontrar aquel tesoro,  
vivo con desconfianza,  
respiro solo venganza  
y solo por ella lloro.

—Grande es vuestro desconsuelo  
con desgracia tan notoria,  
justo es señor vuestro anelo,  
me habeis llenado de duelo  
con tan peregrina historia.

Hablando así, se encontraron  
en las puertas de Sevilla,  
todas las tropas entraron  
y sus pendones alzaron,  
diciendo..... «*Viva Castilla.*»

Con la hermosa prisionera  
lleno de amoroso afán  
y con pasión verdadera  
junto á Daraja hechicera,  
entró en Sevilla D. Juan.

—  
CAPITULO SESTO.

EL CRISTIANO Y LA MORA.

Ten, amor, el arco quedo,  
que soy niña y tengo miedo.

ROMANCES MORISCOS.

La estrella vespertina ha declinado,  
y allá en el horizonte apenas brilla,  
el sol al esconderse ha iluminado.  
el panorama hermoso de Sevilla.

¡Deliciosa ciudad! mansion preciosa  
de encantos y placeres soberana,  
ciudad al mismo tiempo poderosa  
y centro de la corte castellana.

Con orgullo levantas tus pendones  
que de entusiasmo son rico tesoro,  
defendidos estan por tus leones  
que han de ser el terror del pueblo moro.

El espanto y la muerte irán sembrando  
por el campo que pisa el agareno,  
y marchando á su frente D. Fernando  
han de romper el yugo sarraceno.

Y con la ayuda fiel de su consorte,  
la animosa Isabel que le acompaña,  
no quedará en verdad de Sur á Norte  
un solo musulman en nuestra España.

En Sevilla está D. Juan  
días hace con la mora,  
á ella es á quien su alma adora  
con entusiasmo y afán.

Para ella quiere vivir  
porque es mucha su pasión,  
dueña es de su corazón  
y dueña de su existir.

Mancebo, jóven y ardiente,  
de un alma grande dotado,  
se halla D. Juan inspirado  
de un amor puro, vehemente.

Habita en palacio hermoso,  
bella morada que encanta,  
á quien con riqueza tanta  
le hiciera tan primoroso.

Centro de fragancias puras  
do se aspiran mil olores,  
perfumes de ricas flores  
entre arabescas molduras.

En la estremidad situado  
de la ciudad de Sevilla,  
es del hombre maravilla  
aquel palacio afamado.

En él se encierra una alhaja  
que en cuidar D. Juan se esmera,  
es..... la hermosa prisionera,  
la encantadora Daraja.

De mil placeres gozando  
la que tanto sufrió un día,  
observó con alegría  
y absorta quedó mirando,  
que entre los techos de oro  
sobre sus puertas de olor,

algun génio encantador

trazó estas letras.... «Te adoro»

Y al ver de amor esta enseña  
suspirió la hermosa mora,  
porque ella á D. Juan adora  
mas en callarlo se empeña.

Combate su pensamiento  
de un modo muy singular  
que no pueden remediar  
ni la razon ni el talento.

Sí, porque Daraja al fin  
que tanto el conde obsequiaba,  
¿qué iba hacer? ¿á quién amaba?  
¿sería á D. Juan ó á Osmin?

La media noche será,  
todo es silencio en Sevilla,  
la luna que hermosa brilla  
su luz argentina dá

A un campo, lugar hermoso  
donde todo es pura calma;  
allí mucho goza el alma.....  
es un jardín delicioso.

Lo que llama la atención  
es que en medio del vergel  
junto á un frondoso laurel  
se levanta un pabellon.

Dos seres en él estan  
de aquella noche á deshora,  
son..... el cristiano y la mora,  
nuestra Daraja y D. Juan.

Nada suena en derredor,  
y solo de vez en cuando  
se escucha el cántico blando  
del parlero rui señor;

O ya se deja sentir  
formando grato sonido,  
el acompasado ruido  
del rudo Guadalquivir.

Con febril exaltacion  
en aquel dichoso instante,  
rompe el silencio el amante  
y así espresa su pasion.

—¡Angel de amor! ¡dueño mio!  
¡paloma tierna y preciosa!

¿á qué viene ese desvio?  
ven, hermosa,  
ceñiré sobre tu frente  
una diadema  
como emblema  
de este mi cariño ardiente.

Tendrás perlas y brillantes,  
rubies, topacios, oro;  
ven á mis brazos, amante,  
mi tesoro,  
que solo en el mundo á tí  
mi alma adora;  
ven ahora,  
siéntate aquí..... junto á mi.

Al mundo te envia el cielo  
cual ángel consolador  
para que prestes consuelo  
á mi dolor;  
no te apartes de mí, no,  
que en Sevilla  
ni en Castilla  
nadie te ama como yo.

Y Daraja agradecida,  
dió á D. Juan en el momento  
refrenando el sentimiento,  
esta respuesta cumplida.  
—Jóven soy y desgraciada:  
¿á qué ocultarlo, señor?  
esa arista emponzoñada  
del amor,  
se clayó en el pecho mio;  
desque os ví,  
os amé, sí,  
no sé cómo os lo confío.

(Se continuará).

---

DON NICOLÁS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO.

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 15.**

## LAS DOS NOCHES.

(Continuacion).

### VII.

El convento de Santa Eulalia.

Bernardo de Riaza quedó petrificado al oír la súbita contestacion de su amigo.

Al pronto creyó que estaba loco: luego se figuró que intentaba otra calaverada, y le detuvo.

—No, no, querido Odon, dijo con voz algun tanto conmovida; volvamos á llamar al marinero que nos ha conducido aquí. Prefiero quedarme sin un doblon en la partida de juego que tenemos concertada, mas bien que seguir la ruta que intentas.

—Es decir que marcharé solo, contestó

Cifuentes encogiéndose de hombros; una terrible tentacion que no puedo reprimir me impulsa á marchar adelante. Presiento aquí en mi corazon algo de nuevo y extraño: me figuro que voy á encontrar á Hipólita.

—Deja á la infeliz en su tumba, le interrumpió Bernardo.

Cifuentes sin saber por qué causa se estremeció súbitamente, acaso por la vez primera de su vida, al oír estas palabras!

—¿En su tumba dices!

—Quiero decir en su monasterio.

—¿Ah! la metáfora trasciende á muerto á gran distancia; querido. Pero eso no importa. Deseo ver á Hipólita. Vestida de monja tendrá doble atractivo, y acaso acaso me den intenciones de enamorarme de nuevo. ¡Voto al diablo! ¿Sabes, Bernardo, que me dá compasion al verte usar de sentimientos tan religiosos? Hipólita ya no puede ser sino

la flor marchita, la paloma sin alas que abandoné cuando tuve la satisfacción de matar á su tutor. Sigueme.

—¿Pero qué intentas?

—No lo sé: un deseo inesplicable me empuja; siempre será una nueva aventura el meternos en un convento á espantar á las monjas.

Bernardo no replicó y se dirigieron hácia el monasterio de Santa Eulalia.

El viejo Monseny derramaba abundantes sombras sobre sus góticas agujas, heridas de cuando en cuando por vivísimos relámpagos; el vendabal doblaba las estensas copas de los arbustos; el cielo, cada vez mas tenebroso, se cubría de un estenso velo, cuyas ondulaciones parecian olas de un mar de betun manchado por ráfagas sulfúricas; el monasterio se destacaba en el fondo, informe y sombrío como un sepulcro.

Sordos truenos principiaron á resonar á lo lejos. Bernardo no hablaba; Odon tuvo por conveniente entonar una de las canciones favoritas de la época para distraer su fastidio.

Bernardo conocia el carácter determinado de su amigo, y no dudaba que éste sería capaz de alborotar á las pacíficas monjas dedicadas á la oracion. Pero nuestro jóven, si bien sentia de tiempo en tiempo un disgusto interior que tenia algo de hastío ó tal vez de remordimiento, se dejaba llevar por la corriente de los sucesos.

De este modo avanzaron un gran trecho.

La tempestad, cada vez mas cercana, les obliga á acelerar el paso. Cifuentes creyó oportuno mofarse de los escrúpulos de su amigo, pero éste volvió de nuevo á sus continuas cantinelas.

—¿Pero qué diablos vamos á hacer en ese convento?

—¿No te he dicho que quiero ver á Hipólita, á la dama de los sesenta y nueve novios, vestida de monja? Es un capricho como

otro cualquiera, un recuerdo, una distraccion, qué sé yo. Siempre hay manias en nuestra condicion humana. Me siento llevar porque..... ya se vé..... ver una linda jóven que ha dormido en mis brazos sepultada en las sombras del coro, espantada al verme de nuevo..... !oh! y otra porcion de cosas que no sé éspicar, pero que deben suceder precisamente luego que Hipólita fije sus ojos en mí, todo esto es altamente novelesco, querido. Dejemos las cartas: siempre será tiempo de que perdamos el dinero; consagrémonos esta noche á los recuerdos.

—Pero ignoras, insensato, que el monasterio está cerrado.

—Llamaremos y nos abrirán.

—Deliras, Odon.

—Déjalo y sigueme.

A este diálogo respondió el sordo bramido del huracán con prolongado rumor. Una inmensa manga de nubes avanzó como un colosal gigante sobre los cielos: una noche lúgubre y sombría lo envolvió todo: solo el pálido fuego de los relámpagos iluminaba de vez en cuando los pasos de los dos jóvenes.

De este modo llegaron cerca del monasterio.

Habia una de esas especies de capillas góticas abiertas por los cuatro costados, y que la piedad religiosa edificaba, bien en las encrucijadas de los caminos, bien en la salida de las poblaciones, en la avenida principal del monasterio. Debajo de su cúpula de piedra existia una cruz de lo mismo levantada sobre un pedestal formado por cuatro ó cinco escalones.

Desde esta capillita se abria una calle de elevados y flexibles chopos, que iba á morir á la misma puerta de la iglesia.

Bernardo dijo que no teniendo él que hacer nada en el convento, esperaria á Odon al pié de aquella cruz.

Por mas que hizo su amigo para que le

acompañase; no pudo conseguirlo y quedaron convenidos en reunirse en la capilla.

Entonces Odon siguió su marcha burlándose de los escrúpulos de Bernardo y hasta de aquel convento que se levantaba imponente delante de él.

Una vez en la pendiente de su destino, Odon, con la frente alzada, el labio desdeñosamente recogido, el paso airado y la mano izquierda puesta sobre el pomo de la espada, avanzó hacia la puerta de la iglesia.

A medida que avanzaba creía oír el pausado canto de las monjas: pero como si toda aquella armonía fuera un engendro de una ilusión, perdióse en seguida para dejar oír solamente los bramidos del aire.

Odon no se detuvo.

El monasterio gigantesco y sombrío como un gran sepulcro presentaba sus ventanas por las cuales se escapaban los rayos de las luces como si estas fuesen los ojos enrojecidos de un monstruo; la puerta de la iglesia estaba cerrada, la portería que se veía en término mas lejano se hallaba lo mismo.

Aquella música divina que había creído oír, había sido un sueño.

Odon dió una vuelta alrededor del monasterio y no encontró punto por donde saltarlo. Volverse atrás sin haber visto siquiera una monja, no era de su carácter ni de su condición. Era hacer infructuoso el deseo que había tenido.

Dirigióse de nuevo á la puerta de la iglesia dispuesto á violentarla.

¡Pero cosa estraña! cuando Odon sacó una daga para fracturar la cerradura, la puerta principió á girar sordamente abriendo paso para que entrase el sacrilego caballero.

—¡Demonio! exclamó Odon al notar aquel portento; á no ser porque el sacristan habrá dejado la puerta entornada, creería que alguna sombra trataba de franquearme el camino.

Mas á pesar de la insolente burla del mancebo, no pudo menos de estremecerse ligeramente al sentir un viento húmedo que saliendo de pronto de la iglesia le arrebató el sombrero.

Vaeió un instante: los tristes presentimientos de su amigo Bernardo se agolparon á su imaginación; figuróse que percibía un olor semejante al que despide la removida tierra de una sepultura, pero creyendo que todo era efecto de su imaginación acalorada, pasóse la mano por la frente, pronunció un terrible juramento, y mirando con sombría arrogancia el cerrado cancel, levantó su mano para empujarlo con violencia.

¡Estraña circunstancia! Antes que la impia diestra de Odon tocase á la madera del indicado cancel, las dos hojas de la puerta de este giraron por sí solas sin estrépito alguno, presentando la dilatada y gótica nave de la iglesia, apenas alumbrada por lámparas moribundas.

(Se continuará).

### Progreso de la literatura en España desde la invasión de los árabes hasta fin del siglo XV.

No es nuestro ánimo escribir un profundo artículo acerca de la vasta materia que comprende el epígrafe que nos hemos atrevido á poner al frente de estos mal trazados renglones: solo es nuestro intento lanzar un gemido por esas letras góticas, por esos manuscritos delicados que consumían la vida y la paciencia de hombres consagrados al estudio y á la meditación, y á contar de un modo sencillo y claro el número de personas que nos dejaron esos ricos monumentos de caligrafía y de erudición que destruyó la prensa de Guttemberg.

Desde que los moros ocuparon la penín-

sula hasta fin del siglo XV, se cuentan de ellos, entre historiadores, poetas, gramáticos, retóricos, médicos, filósofos, matemáticos, naturalistas, teólogos y jurisconsultos, doscientos treinta y cinco escritores.

Los cristianos, menos aplicados á las obras de inteligencia, van inclinándose á ellas á medida que trascurren los tiempos.

En el siglo VIII se cuentan doce escritores, entre los cuales hay siete obispos, un santo y un presbítero. En el IX aparecen trece: dos santos, seis obispos, dos abades, un arcipreste, un seglar y un presbítero. En el siglo X descende el número de los aficionados á las letras, y solo diez personas se dedican á ellas: tres obispos, un abad, un presbítero, dos monjes, un diácono, un judío y un astrólogo. En el siglo XI aun es mas reducido el número; solo siete escritores derraman la luz del saber, que son: tres obispos, dos monjes, un presbítero y un seglar. Pero en el siglo XII renace el gusto de nuevo; un rey, tres obispos, cuatro abades, un canónigo, tres presbíteros, un médico y un seglar manejan la pluma. En el siglo XIII se hacen notables treinta y cuatro escritores; el genio ya amancipándose de la soledad del claustro y de la oscuridad de los templos. Un papa, Juan XXI, cinco reyes, historiadores, jurisconsultos y poetas, todos se confunden. Ya no son solas la mitra y la cogulla las que conservan encendida la lámpara del genio, sino que á estas se unen hombres que dejan la espada por la pluma. Los clérigos se dedican á la poesía con un éxito felicísimo, y se puede decir que dos de ellos son los padres de nuestro Parnaso: Gonzalo de Berceo y Juan Lorenzo.

En el siglo XIV hay cuarenta y nueve escritores; estos perfeccionan el gusto, esclarecen las ciencias, hacen menos tosca y mas robusta la poesía; reyes, arzobispos, obispos, abades, monjes, seglares, todos preparan un porvenir de luz. En el siglo XV

es mas numeroso el catálogo; sería difícil enumerar todos los que se dedicaron á la literatura: así es que solo lo hacemos de sesenta y ocho, que fueron los mas clásicos é ilustres de aquel periodo de grandeza de la nacion española.

En suma, unido el número total de los escritores cristianos, asciende á doscientos once, ó sea veinte y cuatro menos que los sarracenos. Las materias de que trataron, tanto los unos como los otros, son infinitas, pues todas las armonías de la naturaleza y del pensamiento, todos los secretos de las ciencias, las maravillas de la historia, la vida de los santos, los hechos de la antigüedad, la poesía, la música, el arte, cuanto comprende el espíritu humano y alcanza la razon del hombre, todo se escribió, se desmenuzó, se descubrió, se adivinó.

Ahora bien; ¿se nos permitirá una pregunta? ¿Qué se ha hecho de tantas obras como salieron de las cabezas y manos de los cuatrocientos cuarenta y seis escritores de una y otra religion que brillaron en el transcurso de los ocho siglos que hemos citado? Contestaremos. De las cuatro partes, dos no existen; la otra yace oculta entre el polvo de las bibliotecas sin que nadie se acuerde de ella ni pretenda salvar sus pergaminos, medio destruidos por los ratones y la polilla; y la última parte es la que se conoce.

En verdad que deberia trabajarse mas en este importante asunto, ya que hay tantos que se honran con el título de académicos.

TORQUATO TARRAGO.

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,

calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANTOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TARRAGO.**

**Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES A LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). Núm. 16.**

**EL PUENTE DEL DIABLO.**

(Conclusion)

Donde se demuestra que Satanás es un buen arquitecto.

—; Quién soy? pregunta espantado el triste y misero lego, y que pregunta que en sus días y puedes en el momento. La Eleonora, que me miraba con un mirar que me hacía temblar, me dijo: —; Mas por un instante quiero que te detengas, en tanto que el camino te franquee. El Guadalquivir serpea entre tu santo convento

y el castillo de Eleonora: muy poco hubiéramos hecho si no fabricase un puente que á tus pasos esté abierto. ; Mira! prosigue, y le saca de aquel subterráneo inmenso señalándole hacia el río por cerca del monasterio Antolin vió con asombro á Satán en carne y hueso fabricando un ancho puente como el mejor arquitecto. Toda la corte de Illán en remolino tremendo y en largas ondulaciones que dejan cintas de fuego parten á la triste orilla y abren profundos cimientos se arrojan á la corriente echan peñascos estensos

para concluir la obra  
camino de su deseo.

Los baladros amartillan;  
los duendes todo el terreno  
miden con aneho compás;  
impuros y altos espectros  
hacen de lava encendida  
un betun hirviente y negro  
que de argamasa les sirve  
para unir tantos fragmentos  
de rocas volcanizadas  
que traen blancos esqueletos.

Fantásticos alarifes,  
infatigables obreros,  
en un instante colocan  
todo el material inmenso  
bajo la inspeccion satánica  
del monarca del infierno,  
hasta que el puente quedó  
allivo, fuerté y soberbio.

Abierta tan ancha senda  
precipitase á ella el lego,  
pues de allí vé la morada  
do gime su hermoso dueño.

### IX.

En el que todas las esperanzas se desvanecen  
como el humo.

El gallardo Antolin, loco y sin tino,  
salvando sin temor el ancho puente,  
prosigue su camino  
con pecho audaz y con mirada ardiente.  
Espesas arboledas  
donde la brisa lánguida murmura  
impávido atraviesa,  
sueños creando de eterna ventura.  
Y el bello desvarío  
que turba la verdad de su esperanza,  
y le priva la razon, ciega su mente,  
y hácia un abismo sin piedad le lanza.  
La tempestad pasó: claro y sereno  
el cielo estiende el manto de zafiro  
y la luna menguante

en misterioso giro  
cual pálida paloma  
por el oriente tenebroso asoma.  
Las frendas sacudiendo sus perfumes  
en brillantes turbiones,  
descienden de los altos pabellones  
donde el ciprés undoso  
se eleva entre las rosas  
do cantan las calandrias amorosas.  
Esta grata armonía  
despierta del buen lego  
con doble fuerza su pasión impía,  
con ruda acción su inextinguible fuego.  
Mas detiéndose al fin; mira de pronto  
destacarse en los cielos  
el altivo castillo de Eleonora;  
en vez de aquellos celos  
y angustias sin igual que antes sufriera,  
un placer indecible siente ahora  
al pensar en la dicha que le espera.

¡Pobre Antolin! No sabe el insensato  
cuánta amarga ironía  
presta el favor de un corazón ingrato  
si por lograrle se usa tal falsía.

Mas era su destino  
hallar siempre la hiel en su camino.

Detiene su carrera  
de júbilo azorado:  
le tiembla el corazón:—*¡Es ella!... ¡es ella!*  
esclama con amor el desdichado.

Y una blanca figura triste y bella  
distingue en una gótica ventana;  
es Eleonora que á Portillo espera  
y que persigue la esperanza vana  
que en sus sueños de amores concibiera.  
Es Eleonora, sola y abatida,  
que mirando la noche en su tristura  
lamenta los pesares de su vida.  
—¡Ángel mio! murmura  
el falso capitán: ¡Oh, mi Eleonora!  
deten el llanto, templa tu amargura,  
que ya á tus plantas vuelve quien te adora.

La niña desdichada  
lanza un grito de amor, llévase al pecho

una mano crispada,  
y tal es su trastorno  
que no acierta á creer lo que está viendo;  
de irónica vision júzgase presa,  
y la luz de sus ojos va perdiendo,  
que tal es la virtud de una sorpresa.  
Por último, la hermosa,  
siguiendo una costumbre establecida,  
se desmayó según todas las bellas,  
cayendo al suelo pálida y sin vida.

Antolin muy ligero

se sube, por Satán favorecido,  
ase á la dama yerta entre sus brazos,  
besa aquel rostro puro y hechicero,  
y el corazón le oprime en tiernos lazos.  
En seguida desciende  
llevándosela audaz, y se retira  
nuevamente la vida el pecho enciende  
de la turbada jóven. Al lánguida le mira,  
y al rayo de la luna misteriosa  
vé á su adorado que á sus piés la deja,  
y así le dice con sentida queja:

—¡ Juan Portillo!

—Mi bien, responde el lego;  
y aun no le ha respondido,  
cuando otro acento henchido  
de ira, de amor, de inesplicable fuego,  
—¡ Quién me llama? pregunta,  
y del cielo la lumbré vacilante  
cae en el recienvenido,  
alumbrando su tétrico semblante.

—¡ Jesús! grita Eleonora  
al ver aparecer al encubierto,  
alto de talla y vista brilladora.  
¡ Juan Portillo tambien! Y en su incierto  
desórden, solo alcanza  
ver deshecha su plácida esperanza.

—¡ Asombro inconcebible! Frente á frente  
doble vision de amor y de pavora;  
vé dos hombres que son exactamente  
iguales en el traje y la figura.

La mirada, la voz, el dulce encanto

que al verles Eleonora experimenta,  
hace que ambos se parezcan tanto  
que distinguirlos ella en vano intenta.

Siente zumbar confuso torbellino  
por su frente agitada y encendida,  
y aquella flor de tan fatal destino  
vuelve á doblarse triste y dolorida.

Ambos amantes con fruncido ceño  
se miran con asombro y con espanto;  
ambos con ciego y decidido empeño  
romper pretenden tan extraño encanto.

Juan Portillo el verdadero  
que no lo comprende mas,  
esclama al fin:—Lo cetero  
es valerme del acero,  
ya sea un hombre ó Satanás.

Y desnudando su espada  
al pobre lego arremete,  
que en su vida sosegada  
jamás entendiera nada  
de manejar el florete.

Este contempla azorado  
que su fin cercano es;  
su tizona arroja á un lado,  
y apela desesperado  
al auxilio de los piés.

Juan Portillo le seguia,  
mas se paró de repente,  
que andar en vano queria...  
El lego entretanto habia  
puesto su planta en el puente.

Crugió con fragoso estruendo  
entonces su arquitectura,  
y con Antolin cayendo  
se hundió todo en un tremendo  
abismo de noche oscura.....

Densos vapores,  
llamas rojizas,  
sombras informes,  
fieros engendros  
del vendabal,

Surgen del fondo  
cual negras trombas

que giran, vuelven, y otros que  
 de cual las legiones  
 de Satanás.  
 Y allí en radiante  
 círculo inmenso,  
 vése del fraile,  
 la triste masa  
 siempre caer.  
 En pardas rocas  
 llenas de azufre,  
 entre los gritos  
 de mil gnomos,  
 vésele arder,  
 Diablós y brujas  
 ahullan y dánzan,  
 en remolino  
 se van hundiendo  
 cada vez mas,  
 Hasta que un punto  
 de roja llama  
 es el cortejo  
 que desaparece  
 sobre aquel mar  
 de verde espuma,  
 de olas de sangre,  
 de mil lamentos  
 do Satanás  
 canta breve  
 con afán  
 y la horda  
 rauda llevará  
 el compás.  
 —; Ay del maldito!  
 solo le espera  
 da eternidad.

### Conclusion:

Lance tan triste y sombrío,  
 no creas, lector, es cuento que yo entablo:  
 pues en el fondo del bionio  
 aun existe el fatal puente del diablo.

Y dicen mil consejas  
 por boca de beatas y de viejas,  
 sin que yo sus discursos adicione,  
 que allí do vése la infernal ruina  
 sale un fraile á deshora,  
 pronunciando con voz fríste y doliente  
 el adorado nombre de Eleonora.  
 Por conclusión añaden que este espectro  
 del misero Antolin es de seguro,  
 y que con paso errante  
 de su convento apóyase en el muro,  
 espantando al tranquilo caminante.

En cuanto al verdadero Juan Portillo,  
 dice la historia que asombrado y mudo  
 quedóse con su dama en el castillo,  
 y do convencerla pudo  
 de que ambos han soñado  
 la doble aparicion que han presenciado,  
 y que su vuelta retardó una herida  
 en una fiera batalla recibida.  
 Calmóse de Eleonora la amargura,  
 y así dia por dia  
 muchos años en paz los dos pasaron,  
 concluyendo su amor y su alegría  
 en que al fin y á la postre se casaron.

TORCATO TARRAGO.

### Anécdota.

Un principe escogió por su bibliotecario  
 á un grande de su corte, que era tan igno-  
 rante como estólido, y como los palaciegos  
 se riesen y criticasen mucho la eleccion,

—No os canséis, dijo una dama; todas  
 vuestras sátiras se reasumen en una.

Esa biblioteca es un serrallo confiado a  
 un Eunucó.

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
 calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRESA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.

Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES Á LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR.) Núm. 17.

## UN PASEO POR EL MAR.

## I.

No hay recuerdo que deje de entristecer. Muchas veces sentimos una amarga impresión cuando tendemos una ojeada sobre esa hoja negra del libro de la vida que lleva el nombre de *pasado*. No hay ser, por dichoso que sea, que no suspire por aquellos años felices en que la juventud ó la niñez tejieron sus coronas de rosas y jazmines sobre nuestras sienes; y ved aquí cómo está dulce evocación de la memoria, esta refracción de luz en el espejo de nuestra alma, produce en nosotros esas distracciones que pasan á los ojos de muchos por estolidez, y á los de otros muchos por una fastuosa presunción.

Lo que en el trascurso de mi existencia ha impresionado mas mi mente de niño y joven, ha sido el mar. Las olas, esas *viejas amigas*, como las llama Chateaubriand, que con su eterno arrullo parecen adormir

al mundo, como una madre que entona canciones para endulzar el sueño de su hijo.

Acuérdome que la vez primera que le ví fué en las alturas de la cuesta de la Reina de Málaga.

Era un día sereno y templado del invierno, cual los que se gozan en esas dichosas riberas del Mediterráneo; resplandecía el sol entre torbellinos de fuego; á mi derecha tenia una prolongacion de promontorios que iba á espirar entre el mar y el cielo, pareciendo que las costas africanas se inclinaban hácia aquella parte en sentido natural para formar el estrecho; en frente y á mis piés descubrí una superficie infinita, dorada, hirviente, cruzada de ráfagas azules mas ó menos vigorosas, llena de puntos blanquecinos que parecian una columna de niebla y que en realidad eran barcos, los cuales se movian en la silueta del horizonte y al través de una trasparente bruma, bajo cuyo fondo se delineaban los picos de Berbería. Ah! ¡yo era niño y no tenia conocimiento para pensar! Cedió al pasmo y

admiracion de un espectáculo tan magnífico. Pero cuando mas tarde se fué desarrollando mi razon, entonces sí quise sondear esas hipótesis de la ciencia por la que cada cual aduce sus razones sobre el flujo y reflujo del mar, y sin entender las causas físicas que producen estos fenómenos, me creé mis teorías y traté de ensayarlas.

En su consecuencia, arrastrado por las circunstancias de mi vida, me ví en el caso de estudiar prácticamente, y ya á las orillas del mar, ya volando en alas de los vientos sobre algun buque, por mas observaciones que hacia no pudo mi ignorancia traspasar el velo con que se cubren estos secretos de la naturaleza.

Estaba un dia echado de pechos en una muralla de una fortaleza del litoral del Africa. Entreteíname en ver volar algunas gaviotas sobre las olas, las cuales ni aun tenían fuerza para estrellarse contra las rocas de la costa. En vez de golpear lamian. Era esa hora lánguida y suave en que el sol fatigado descansa su ardiente cabeza en los crespones de Occidente, y el Mediterráneo reflejando el azul del cielo apenas rizaba sus ondas á impulsos de una brisa de Oeste.

En aquel momento de suprema contemplacion, de calma profunda y de placer melancólico, una mano varonil y huesosa vino á descansar sobre mi hombro. Volví la cabeza y me encontré á mi amigo el señor Pablo, antiguo patron, que se reia sin duda de verme tan serio.

—¡Hola, amiguito! me dijo; ¿quiere usted venir á dar un paseo por el mar? De ese modo bien podrá estudiar y hacer sus observaciones marítimas.

—Acepto; le contesté.

—Pues vamos; tengo un bote precioso que me han traído de Cartagena: lo montaremos y daremos dos ó tres bordeadas.

—Una palabra, amigo, observé yo; ¿vamos solos?

—¿Y á qué mas gente?

—Es que yo no sé remar ni manejar el timon.

—Bah! exclamó el señor Pablo; yo lo sé todo. Además, la DELFINA tiene vela y no hay necesidad de encallecernos las manos.

—Pues marchemos, contesté descansando en la seguridad de mi amigo.

Bajamos á una pequeña ensenada practicada en la roca que sostiene las elevadas

murallas del N. E. de la plaza, y allí encontramos atracado un pequeño bote, pintado, embreado, charolado, petimetre, que se mecía como un cisne á las suaves ondulaciones del mar.

—¿Nos vamos á embarcar en este juguete? pregunté con alguna admiracion contemplando la elegante barquilla.

—¡Y qué! ¿Le pasma á usted eso? me contestó el señor Pablo; es cosa muy sencilla, prosiguió arrimando el bote; salte usted á proa, que yo me colocaré al timon.

Obedecí como un grumete.

El señor Pablo se sentó en la popa, y apoyando una mano en la roca inmediata, hizo un violento empuje y la lancha partió alegre, retozona, ligera, bulliciosa, como un potro á quien se afloja la brida.

El viento blando y suave que corria, venia empapado en esos perfumes vigorosos que se desprenden de las costas africanas y de las marismas vecinas; el sol se ocultaba en aquel momento, y algunos pescados saltaban alegremente como si fuesen cenefas de plata que aparecian y desaparecian como por encanto.

—Haga usted alguna cosa, me dijo el señor Pablo; tire usted de esa cuerda para que suba la vela y la brisa nos pique de costado.

La vela cayó blanca y flotante, cerniéndose con sordo murmullo; luego que fué amarrada, la lancha espermentó una inclinacion á la banda de estribor, el lienzo se fué inflando, y el señor Pablo empuñando la caña hizo que la lancha gobernase con elegante gallardía en direccion del N. E.

—Ya vamos bien, me dijo mi amigo con satisfaccion... ahora matemos el tiempo.

Y sacando su ennegrecida pipa, la encendió y principió á lanzar blancas espirales de humo por su boca.

En esto sentí un ruido en las olas que me llamó la atencion, y bajo el espejo cristalino de las aguas vi pasar unos cuerpos verduscos que se arremolinaban alrededor del esquife.

—¡Diablo! exclamé asustado; ¿qué pescados son estos?

—Delfines, contestó Pablo. Verá usted qué danza forman delante de nosotros.

En efecto, poco á poco fueron asomando sus airosas cabezas, arrojando por la boca surtidores de agua y trazando elegantes curvas en la superficie del mar.

—He oído decir, observé, que estos pescados anuncian las tempestades.

—Y también anuncian la bonanza, me contestó Pablo con indiferencia. Pero advierto que ya hemos corrido una milla; tomaremos un punto al Norte, y nos volveremos á la plaza.

El timon recibió esta nueva dirección, y la proa fué inclinándose lentamente. No bien tomó la DELFINA el derrotero indicado, cuando ví que el señor Pablo se puso de pié, levantó una mano para conocer uno de esos secretos del vendabal que solo los viejos marineros huelen cuando estos pasan por las lonas de los barcos, y en seguida pronunció una de esas duras interjecciones propias de las gentes de mar, que indican algo de terrible y espantoso.

—¿Qué pasa? le pregunté asustado sin saber por qué.

El señor Pablo, que ya habia recobrado su calma, me dijo:

—¿Vé usted aquella nubecilla roja que se estiende por el Poniente?

—Sí.

—¿Y aquella faja azul que se dilata en el límite del mar?

—También. Si no me equivoco es una racha.

—Pero una racha de viento que la DELFINA no puede resistir si no nos apresuramos á volver á la plaza.

—Mi angustia fué terrible.

—Vamos pronto, contesté maquinalmente.

La DELFINA principiò á virar. Cuando nos disponiamos á presentar la popa á la brisa, conocí que ésta languideció de repente; su último suspiro pasó vibrante, y agudó por entre los pliegues de la pobre vela de la barca, la cual quedó inmóvil en medio de aquellas olas que insensiblemente se iban engrosando.

—¡Truenos y rayos! gritó el señor Pablo. Abajo la vela y mano á los remos.

Acto continuo sacó un cuchillo y cortó con una prontitud asombrosa todos los cabos que la sujetaban. La vela cayó en el mar, mientras mi amigo armaba la lancha con dos pares de remos.

No hay cosa que adiestre mas pronto que la necesidad: empuñé los dos remos que con una indicacion me señaló mi amigo, y confieso que principié á bogar con toda mi fuerza y voluntad. ¡Vanos recursos! No bien

habríamos corrido con la velocidad de una flecha un cuarto de milla, cuando un rumor sordo como un redoble de alarma se sintió á lo lejos.

—Camarada, ¿esto va muy mal, me dijo el señor Pablo.

—¡Dios mio! ¿qué sucede?

—Que no podremos llegar á la plaza. El viento ha cambiado. ¿Oye usted ese ruido?

—Sí.

—Es el Sur, y con él viene la tempestad. ¡Oh! el perro camina de prisa; afiáncese usted en el banquillo. ¡Ya está aquí!

En efecto, una ráfaga inmensa y atronadora pasó sobre la superficie del mar, y amontonando las olas hizo retroceder á la lancha cubriéndola de agua. El cielo se cubrió de espesas nubes, y yo contemplaba aquel espectáculo bañado en un sudor de muerte; solo puedo decir que sobrevino la noche y nosotros nos encontramos en medio del Mediterráneo arrastrados por la horrasca.

II.

La DELFINA volaba en alas de los vientos. Las nubes que avanzaban del Sur iban formando una barrera sombría, cuya línea se confundía en el horizonte con las blancas espumas del mar. ¿Dónde estaban las costas de Africa? ¡Ah! acababan de desaparecer entre los velos de la noche y la bruma de la tempestad. Pobres náufragos mas bien que

atrevidos marineros, no teniamos otra esperanza de salvación que una mirada de Dios. Yo me afiancé cuanto pude al banquillo mas inmediato á la proa, y desde allí manejaba los remos como si cediese á un impulso mecánico. El señor Pablo sombrío, silencioso, haciendo esfuerzos sobrehumanos para oponer una ineficaz resistencia á la corriente, que nos engolfaba en alta mar, me parecía que luchaba con todas las fuerzas de la desesperación.

Aquel combate desigual entre el hombre y los elementos desencadenados, tenia un no sé qué de sublime que causaba admiración.

—No nos cansemos, exclamó por último el señor Pablo abandonando los remos. ¿A qué luchar contra lo imposible? ¡Y luego en un buque tan débil! Dos hombres solos!

Yo seguí el movimiento de mi amigo helado de terror, y la DELFINA solamente guiada por el timon principió á saltar, si es que se quiere admitir esta frase, aquellas montañas de agua que por donde quiera nos cercaban.

Muchas veces las olas pasaban por encima de nosotros como cetáceos inmensos que tratasen de devorarnos.

—¿A dónde vamos? pregunté maquinalmente.

—Adonde Dios quiera, contestó mi amigo. Lo mas probable es que nos quedemos en medio del mar.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es cosa clara.

—¿Con qué nos ahogamos?

—Creo que sí, respondió mi amigo con su flemá natural. Todo esto era una agonia anticipada; el mar, la tempestad, la noche, aquellos rugidos prolongados que estallaban en torno de nuestra barquilla aumentaban el terror que me poseia.

Pasaron tres horas mortales en esta perplejidad; la oscuridad era intensa y los momentos eran cada vez mas apurados.

—Amigo, me dijo el señor Pablo en medio de aquel caos, alargando sus manos para estrechar las mias: Ya no hay remedio.

Si queréis morir cristianamente, hincaos de rodillas si podéis y rezad alguna cosa.

Yo me estremecí al oír esta sentencia de muerte, y me acudíle en el fondo de la barquilla.

Sin embargo, en instantes tan supremos se resucitan en nuestra alma todos los instintos de conservación. Hay necesidad de contemplar cuanto nos rodea, de buscar en el cielo un destello de vaga esperanza, una estrella consoladora que mitigue el dolor de nuestras desdichas.

Entonces es cuando se piensa en ese mas allá que tiene su principio al otro lado de la tumba; se invocan con los labios y el corazón todos los recuerdos religiosos de la niñez, y aquellas oraciones inmaculadas que aprendimos de nuestras madres cuando aun todavia nos mecian en la cuna.

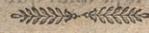
De un momento á otro esperaba que el mar se abriese para tragarnos. El cielo, cada vez mas negro, parecia unas densas tnieblas en torno nuestro. Ya no habia remedio....

De pronto un sordo rumor hiere nuestros oídos: una cosa terrible se acercaba á nosotros. Yo no sabia ni comprendia lo que podia ser. Aquel ruido insólito se fué aproximando como un torbellino invisible como una de esas trombas espantosas que devoran los barcos, uno de esos buques-fantasmas que nos han descrito algunas novelas marítimas.

Yo ví á mi amigo Pablo ponerse de pié, empuñar de nuevo el timon y fijar la vista con direccion á la popa. Socorro! Socorro! gritó con tono desesperado.

En tan mortal inquietud volví mis ojos hácia el sitio indicado. Una fragata pasaba cerca de nosotros, tan cerca que oíamos las voces de los tripulantes. —¿Socorro! ¡socorro! ¡volvimos á gritar.

De allí á poco un esquife, largo como una culebra, se aproximó á nosotros y nos recogió á su bordo. Nos habian oído desde la fragata, y Dios por este medio nos salvaba de una muerte inevitable.



### Anécdotas.

Siendo príncipe heredero Federico II de Prusia, llamado *el Grande*, colmó de regalos y de oro á una actriz. Cuando subió al trono siguió fiel á su querida, pero la agasajaba con economía y escaseaba sus prodigalidades. La actriz se quejó manosamente de la mutacion.

En otro tiempo, dijo el rey, os daba mi oro; ahora os doy el de mis vasallos.

Deseaba un rey tener el retrato de una casada; á lo que le dijo su marido:

—Permitidme, señor, que os le niegue; si ahora os doy la copia, mañana me pediréis el original.

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,

calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.

IMPRENTA DE DU ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES A LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR): **Núm. 18.**

**A UN TIEMPO MORA Y CRISTIANA.**

**CAPITULO SESTO.**

(Continuacion).

Porque á Osmin estoy faltando  
y hago traicion á mi fé;  
un tiempo le estuve amando,  
y le olvidé...  
D. Juan, no sé la razon:  
solo siento...  
¡qué tormento!  
que os adoro con pasion.  
—¿Qué dices, luz de mis ojos?  
me haces perder el sosiego;  
niña de los lábios rojos,  
ven, te ruego;  
que esa boca de rubí,  
es hermosa  
y olorosa  
mas que el fragante alelí.  
—Callad, D. Juan, por piedad;  
con tan ardiente pasion

se abrasa mi corazon;  
dejadme... señor... marchad.  
Y de pronto  
tras la alfombra  
una sombra  
apareció;  
Y lanzando  
una mirada  
despiadada,  
esto habló:  
«Daraja... maldita seas;  
maldita estás por tu padre  
y maldita por tu madre;  
siempre maldita te veas.»  
Y el fantasma  
con premura  
en la espesura  
se escondió.  
Y la mora  
que lo ha oido  
sin sentido  
allí quedó.  
Y absorto quedó tambien

D. Juan con la aparición:  
mas fija está su atención  
en socorrer á su bien.

CAPITULO SÉTIMO.

EL RETO DE UN MUSULMAN.

Non vos valdrá el ardimiento  
de mañero lidiador,  
pues para vos combatir  
traigo mi espada y troton.

ROMANCES DEL CID.

Bramando los vientos con furia violenta,  
en hora en que el rayo se vé relucir  
y en noche angustiosa de horrible tormenta,  
de Baza un guerrero se atreve á salir.  
Cubierto su cuerpo de fuerte armadura,  
montado en un potro potente y feroz,  
las horas parece que aquel hombre apura  
haciendo que corra el caballo veloz.  
¿Quién será el guerrero que marcha afanoso?  
¿dónde se dirige y cuál es su fin?  
¿será algun fantasma ó ser misterioso?  
no, que es..... el valiente Mohamet Osmin.  
Por caso cristiano trocó su turbante:  
y envuelto su cuerpo en oscuro disfraz,  
ya llega á Sevilla con aire arrogante  
éspesa celada cubriendo su faz.  
Marcial en su porte, blandiendo su lanza,  
furioso en la puerta con ella llamó;  
sintiendo en su pecho terrible venganza,  
aquel jóven moro así se espresó:

¡Oh, tú! el osado cristiano  
que llaman conde de Luna;  
pérfido y vil cortesano  
en quien el favor se aduna.

El del palacio encantado,  
el de la cruz refulgente,  
el señor tan decantado,  
por otro nombre el valiente.

Tú, robador de doncellas,  
el de insolente altivez,  
que burlas tiernas querellas  
de amante y padre á la vez.

Antes que la noche cese  
castigaré tu desman;  
acepta mal que te pese  
*el reto de un musulman.*

Sal pronto, infame cristiano,  
deja tu bello jardin,  
que aqui te espera en el llano  
tu rival Mohamet Osmin.

Sal con tu potente lanza,  
con tu espada y con tu casco,  
y encontrará la venganza  
mi hoja templada en Damasco.

Si eres de valor modelo,  
sal aquí, tierno galan,  
y acepta, si, por el cielo,  
*el reto de un musulman.*

Oye tú, cristiano fiel,  
el del casco reluciente,  
cortesano de Isabel,  
quiero verte frente á frente.

Tú, que vences con engaños,  
y de la noche á deshora  
consigues torpes amaños  
siendo el raptor de una mora,

Ven, date prisa á salir;  
te juro por el Corán  
que muy pronto has de sentir  
*el reto de un musulman.*

Aunque estoy en este traje  
soy noble y soy caballero,  
y sé vengar un ultraje  
pasándote con mi acero

A tí, infame robador  
de mi bien, de mi tesoro,  
á tí, de mi mal autor,  
á tí, el del palacio de oro.

Sal, que te espero en el llano;  
y te advierto con afan  
que has de lamentar, cristiano,  
*el reto de un musulman.*

Sediento estoy de venganza:  
y aunque es mucho tu poder,  
me sostiene la esperanza  
que tu sangre he de beber.

Sal pronto, si, á la ribera  
del rio Guadalquivir,  
que aquí anhelante te espera  
el que te ha de hacer morir.

Si en algo tu honor aprecias,  
sal montado en tu alazan;  
si no, diré que desprecias  
*el reto de un musulman.*

Y en vano el guerrero redobla su acento,  
en vano aquel moro otro dia esperó;  
furioso de celos, burlado en su intento,  
pensando en Daraja de allí se marchó.

CAPITULO OCTAVO.

UN VALIENTE CAPITAN.

Tú cubierto de acero,  
tú, estrago de los hombres, indinado  
con sangre, horrendo y fiero,  
rompiste acelerado  
del ancho muro el torreón alzado.

FERNANDO DE HERRERA.

Todo en la hermosa ciudad  
era placer y alegría;  
esa población hermosa,  
la encantadora Sevilla,  
entre fiestas y torneos  
se hallaba en goces sumida.

Forzoso será decir,  
lector, si no te fastidia  
mi pesada relacion,  
que ufanas de día en día  
las armas de los cristianos,  
los leones de Castilla  
se iban haciendo señores  
ya del reino de Sevilla,  
y aun tambien al de Granada  
estendian sus conquistas.

Era importante tomar  
Baza, ciudad defendida  
por terribles campeones  
que del moro eran envidia;  
mas el valiente D. Juan  
solemne voto tenia  
que habia de conquistarla  
con sus tropas aguerridas.

Por fin se acordó el momento  
de partir, y el mismo día  
con Daraja marchó el conde  
á ver á la reina misma.  
La magnánima Isabel,  
de sus pueblos tan querida,  
se interesaba hace tiempo  
por Daraja la cautiva,  
y tanto, que con D. Juan  
casarla se proponia;  
prometiò, pues, al guerrero  
tenerla en su compañía,  
y que habitase en palacio  
como dama distinguida.

D. Juan á sus piés se echó,  
dando gracias infinitas  
á la excelente Isabel,  
de las princesas envidia.

El conde antes de marchar  
suplicó á la mora linda  
le diese un precioso lazo  
que en su hermoso pecho habia,  
para con él adornar

como amorosa divisa  
la cimera de su yelmo  
mientras de Baza volvía.

Desconcertóse la mora  
con la súplica imprevista,  
porque el lazo era un regalo  
que la hiciera Osmin un día;  
mas no pudo resistir  
á la mirada espresiva  
que la reina dirigiera  
á la prisionera linda,  
con la que daba á entender  
accediese la cautiva  
á conceder al guerrero  
el lazo que le pedia;  
se lo entregó, pues, la mora  
temerosa y pensativa.

Ebrio de amor y esperanza  
salió D. Juan de Sevilla  
al frente de sus guerreros,  
bien á dejarse la vida  
en los torreones de Baza  
si el cielo lo determina,  
ó á volver á la ciudad  
lleno de gloria algun día,  
pero acordándose siempre  
de su hechicera cautiva.

Diez y ocho días despues  
Baza se hallaba rendida,  
y al pié D. Juan de sus muros  
las condiciones ponía  
de una honrosa transaccion,  
á la bravura debida  
de los moros aguerridos  
que la plaza defendian;  
entre ellos salia Osmin  
con faz torva y abatida,  
acompañado de Hacén  
que entre mil penas decia:  
«Si en el gran libro se encuentra  
la fatal sentencia escrita  
y es la voluntad de Alá,  
pues que se cumpla es justicia.»

Cercado de caballeros  
entró en Sevilla D. Juan,  
cual un bravo capitán  
al frente de sus guerreros.

Dotado de ricos dones  
que le diera la fortuna,  
se glorió el noble Luna

con sus moriscos pendones; omnia  
Así que en Sevilla entró con gloria  
fue á ofrecerlos á su rey,  
según la costumbre ley,  
que de antiguo se observó.

Con cierto espresivo afán  
le recibió D. Fernando  
en sus brazos, exclamando:  
«Sois un bravo capitán».

»Tornais cubierto de gloria,  
»pues Baza habeis conquistado;  
»vuestro nombre consignado  
»ha de quedar en la historia».

»Aragón noble y fiel,  
»caballero y buen cristiano,  
»pasad á besar la mano  
»á vuestra reina Isabel».

»Contad con mi estimación,  
»pues que soy del moro español».  
—Señor... no merezco tanto,  
cumplí con mi obligación».

Saló D. Juan satisfecho,  
y á su reina se presentó  
que así le habló fina,  
atenta y no  
lleno de gozo su pecho:

«Venid ya, bravo D. Juan,  
«guerrero de noble porte,  
«me place que haya en mi corte  
«un valiente capitán».

»Sois de mis tropas espejo,  
»del sarraceno terror,  
»y en premio á vuestro valor,  
»en Sevilla habrá un festejo».

»Ademas de los torneos,  
»verá mi corte lucida  
»de toros una corrida,  
»con otros varios recreos».

»Sus rejonés quebrarán  
»los mas apuestos galanes,  
»que en soberbios alazanes  
»su osadía probarán».

»Pero esto dejando ahora,  
desque habeis, D. Juan, venido,  
»noto que estais distraido;  
»no preguntais por la mora».

—Deber es de un caballero  
á su reina preferir,  
señora... este es mi sentir;  
por eso á vosos prefiero».

—Cumplido estais por demas;  
sabed, D. Juan, que Daraja  
es una preciosa alhaja;  
cada vez la quiero más.  
Dotada de un corazón

noble al par que generoso,  
es un tesoro precioso  
de mi corte admiración.

«Mas conozco vuestro afán  
por ver á la hermosa mora;  
salid si os place ahora,  
salid á verla, D. Juan».

Y el conde besando atento  
la blanca mano á Isabel,  
descorrió el regio dosel  
y salió del aposento.

(Se continuará).

### EPIGRAMAS.

Blas oyó decir que Eufemia  
de su sexo era modelo.  
El con su mano la premia;  
pero supo: ¡Santo cielo!  
que lo era de una academia.

Llegó á entender Isabel  
que cierto viudo fué fiel  
mientras le vivió su Juana.  
Casóse, y llevó petardo:  
pues supo que su Ricardo  
fué solo fiel de la aduana.

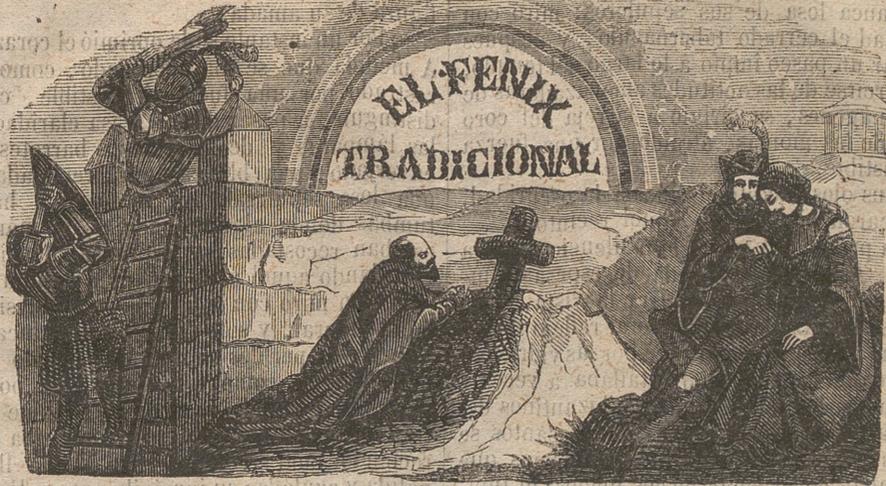
### CHARADA.

Apóstrofe del mal, recuerdo aciago,  
nombre siniestro que en los siglos suena,  
mi primera y segunda vagorosa,  
cual un fantasma vano se presenta.  
Unidas en perfecto maridaje  
componen mi primera y mi tercera  
el ser de las ciudades y los pueblos,  
de lugares, de villas y de aldeas.  
Espejo de los cielos es mi cuarta,  
entre altivas montañas encubierta,  
vena profunda que en airosas curvas  
rica de rayos, fulgida se ostenta.  
¿Y mi todo, qué es?—La augusta lira  
del trovador antiguo y del poeta,  
que entonara sus hechos portentosos  
y alabará sus bélicas proezas.

(La solución en el número próximo)

DON NICOLAS CABELLO, EDITOR,  
calle del Olivar, núms. 7 y 9, cuarto principal.

MADRID: 1854.  
IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO.

BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TARRAGO.

Año I. (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES A LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR) Núm. 19.

**ADVERTENCIA.**

Y sin encomendarse a Dios ni al diablo suspendió las reflexiones que hasta aquel momento le habían acosado, y penetró impávido y resuelto en el interior del templo.

Mudo, helado y tenebroso estaba aquel recinto. La alta y aguda bóveda descansaba en fantásticos capiteles llenos de inmóviles animales como los de San Pablo del Campo, dejando en sus espacios el suficiente lugar para que se abriesen unas largas y angostas ventanas redondeadas en la parte superior.

**LAS DOS NOCHES.**

(Continuacion).

El joven miró aquel nuevo prodigio, aquella inconcebible realidad con un desenfado impío.

—¡Ya caigo! murmuró con sonrisa mofadora; estas dos puertas se habrán quedado abiertas casualmente. El capellan de las buenas monjas le gustará rezar maitines á semejanza de los primitivos cristianos.... ¡Y yo necio de mí que me creí que algún alma en pena....

Los pálidos relámpagos que de vez en cuando inundaban todo el templo, las hacían aparecer como dos hileras de hornos enrojecidos que exhalaban de tiempo en tiempo su cárdena y amarilla luz.

Las dos lámparas que ardían en el fondo del santuario apenas prestaban esplendor para bosquejar estrañamente los ángulos de la iglesia y los altivos arcos que se perdían en una parda forma.

Un silencio sepulcral reinaba en ella.

Odon vio algunos santos inmóviles en

sus nichos; algunas estatuas yacentes sobre la blanca losa de sus sepulcros: miró con frialdad el cerrado tabernáculo, y despues de dar un paseo impio á lo largo del templo, y de reirse de las actitudes amenazadoras de las imágenes, se dirigió á la reja del coro bajo de las monjas, atraído por una fuerza irresistible.

Sus ojos, acostumbrados á la oscuridad, sondearon bien pronto aquel recinto.

Un profundo y misterioso silencio reinaba en él. Cubierta la bóveda de espesas sombras, que no podia penetrar la vista, aclarábase de tiempo en tiempo al reflejo de los relámpagos que penetraban por las vidrieras. La voz de la tempestad estallaba á veces y conmovia los robustos pilares bizantinos del monasterio. Las imágenes de los santos se asemejaban á otros tantos fantasmas que brillaban en el fondo de sus nichos: el tupido enverjado del coro, apenas permitia distinguir algunas lámparas que herian el pálido rostro de varias efigies que parecian aquejas de dolor y asombro.... Todo era imponente y pavoroso.

Odon miró con su frialdad acostumbrada aquel cúmulo de sombras, aquel manojó de rayos moribundos que se cruzaban en distintas direcciones; vió sin alterarse el rostro de los santos que parecian inclinar sus ojos hácia él, y escuchó sin temblar el estrépito de los cielos. Pensaba en aquel instante en cosas impuras; la vision ardiente de su antiguo amor revoloteaba en su cabeza; pensaba en que al través de aquellas rejas, y por medio de aquellas tinieblas, podia presentarse la bella y pálida Hipólita, dispuesta á escuchar sus falsas promesas, y.... ¿quién sabe? ¡Es tan caprichoso el corazon de las mujeres! ¡Abriga tan poco odio cuando vuelve á inclinarse á sus piés un amante estraviado!

El jóven sintió que estos pensamientos inflamaban su sangre hasta el extremo de estraviar su mente entre mil ilusiones voluptuosas. Se representó otras noches deliciosas que habia pasado medio alumbrado por los rayos de la luna en un templete de limoneros y sicomoros aspirando los supiros del amor al mismo tiempo que las perfumadas ráfagas de la brisa; encontró una doble poesia en aquel tejido de profanaciones que se urdia en su cabeza, y desde luego se dirigió con pertinaz empeño hácia las rejas del

coro, con el intento de ver si descubria la figura de su amada.

¡Por un instante se le oprimió el corazon! A medida que se iba acercando, como arrastrado por una fuerza irresistible, creia distinguir, á pesar de la escasa claridad de las lámparas y de los espesos barrotes del enverjado, una blanca figura reclinada en una losa sepulcral. En torno suyo habia tumbas donde algunas monjas de mármol estaban recostadas, y estatuas silenciosas guardando aquel asilo separado del mundo.

Odon miró con indiferencia aquel simulacro funeral, y solo pensó en la blanca vision cuyos perfiles se iban destacando progresivamente como esas nubes que poco á poco van tomando cuerpo. La sublime postura de la religiosa; su rostro que iba apareciendo cual si lo iluminase una llama pálida y azulada; su inmóvil contemplacion, y sobre todo la hora, el sitio y las circunstancias, fascinaron la imaginacion del jóven de una manera extraordinaria.

Descubria en aquella desconocida ciertos rasgos iguales á los que en instante tan crítico ofuscaban su pensamiento; veia á cada paso que daba, que las formas, al principio indefinibles de la monja, tomaban los contornos encantadores de la alegre y espiritual Hipólita, y halagado con una esperanza cada vez mas evidente, confiando en la buena estrella de sus amores, fluctuaba entre el crepúsculo de la duda, hasta que los ojos rasgados y hermosos de la desconocida se fijaron en él.

En aquel momento Odon hubiera lanzado un grito, que quedó ahogado en su garganta por un esfuerzo superior de su táctica amatoria. Aquel grito podia alborotar el monasterio, y entonces perdia la bella ocasion que el destino le proporcionaba. El mancebo no se atrevia á creerlo; en aquella mirada tierna y severa á la par, habia conocido á Hipólita; no á la Hipólita de otros tiempos, fresca, alegre, rutilante; flor en capullo que abria sus pétalos al soplo fecundo de la primavera de la vida; no á la mariposa que habia formado un círculo luminoso á su derredor; no aquel primer delirio del corazon que se habia perdido en un sueño de placeres sin pensar en que corria por el borde de un abismo.

La Hipólita que veia en la actualidad, era la Niobe de los dolores inmensos; la

misma belleza, pero sin el color de la vida y de la juventud; era un fragmento de mármol salido del cincel de Fidias, donde el alma parecia no sentir sino en la espresion.

Ante aquel aspecto Odon retrocedió: su frente se inflamó de nuevo, á pesar de la capa de hielo que la cubrió instantáneamente; pero acordándose de que debía manio-brar como hábil amante, juntó las manos en actitud de adorar á la que había perdido.

¡Templo, tempestad, imágenes, sepul-cros, coro, todo se habia borrado de su vista! Odon estaba verdaderamente fascinado; solo veia á Hipólita.

Esta, lejos de desviar sus ojos de él, lo miró con una fijeza estraña, y levantándose pausadamente, avanzó hácia el punto que ocupaba su amante.

—¡Hipólita! exclamó éste luego que la vió á dos pasos de él, alta, magestuosa, risueña unas veces, triste otras; blanca como una azucena y casi vaporosa como una niebla.

—¡Odon! contestó la monja, cuyo acento parecia un eco, pues no movió los labios para pronunciar este nombre.

—¡Oh! ¡perdon! ¡perdon! replicó el man-cebo, sintiéndose á su pesar fascinado por la vez primera de su vida, y olvidando sin querer aquella fingida galanteria que habia usado en todas sus conquistas.

—¡Ingrato! replicó Hipólita, con sonrisa helada; ¡ahora te arrepientes!....

—Sí.... me arrepiento, dices bien; te he visto encerrada por mi culpa bajo de estas negras bóvedas, y.... yo no sé, pero creo que siento el dolor que te he causado.... Yo venia dispuesto á abusar de nuevo de tu amor, pero ahora que te contemplo... ahora que tu voz penetra en mi alma de un modo inesplicable, me parece que se cambian mis ideas, y....

—Pues qué, ¿no me amarias ya?

—¡Dejar de amarte, imposible! contestó Odon.

La blanca dama se sonrió de nuevo.

—¡Oh! sí; eso es lo que yo quiero; tu amor, Odon mio.... ¿Tu no sabes que te he esperado ha muchas noches, postrada sobre esa sepultura, siempre con la vaga esperanza de que por último te acordarias de tu pobre esposa?.... ¿De tu esposa, sí! ¿Por qué no? Dios ha debido sancionar en el cielo el voto que yo pronuncié, pues era puro

y casto: si el tuyo fué falso, no es culpa mia. Yo te entregué mi alma, mi vida y mi cuerpo; tuyas son estas tres cosas. Despues me obligaste á encerrarme en este asilo, porque tu abandono habia lacerado todas las fibras de mi corazon; pero héme otra vez aquí, Odon mio; alma de mi alma; esposo tierno y hermoso....

El mancebo temblaba ante aquel lenguaje solemne y cariñoso. Veia en los ademanes y espresion de su querida una cosa fantástica que él solo se podia explicar á medias, pues si bien conocia á fondo el corazon de las mujeres, no creia que estas olvidasen sus resentimientos tan fácilmente como Hipólita.

Ademas, y sin saber cómo, se iba obrando en él una revolucion de ideas que no podia comprender: miraba á aquella mujer, que habia sido su esclava, con cierta fascinacion que aumentaba su pálida hermosura, sus perfiles aéreos y su forma casi inmaterial; queria hacer uso de todos los resortes de su galanteria, y su lengua, tan ágil en estas ocasiones, permanecia inmóvil y seca; en otras circunstancias hubiera maldecido la espesa reja que los separaba, pero en aquel instante ni aun se acordó de este obstáculo.

Hipólita seguia mirándolo con amorosa quietud.

## VII.

En las sombras de la muerte.

—Odon, dijo ella despues de una larga pausa; sin duda alguna estás asombrado de mi lenguaje. ¿No es verdad?

—¡Oh! no lo esperaba; contestó el atur-dido mancebo.

—El te probará mi amor.

—Pero ¿y tus votos? ¡Dios mio! yo me voy á volver loco: no me mires así, Hipólita.

Pero ella lejos de desviar su azulada mirada, lo contempló con mas intensidad.

—¡Que no te mire, amor mio!.... ¡que no te mire cuando hace mas de un año que no te veo! ¡Cuando por mas que te he llamado no has respondido á mi acento, y me has dejado vagar en la soledad de este claustro con una esperanza muerta y con unos recuerdos dolorosos!

—¿Será cierto lo que dices? preguntó el caballero, dudando de todo cuanto le pasaba,

y como si hubiese caído en uno de esos sueños que no se saben cuando principian.

—¿Lo dudas, cruel! Tu alma aun es de mármol! todavía me buscas y no me crees; me oyes y pareces rechazarme.

Era tan triste y melancólica la espresion de Hipólita, que Odon se conmovió. Principió á mirar con mas serenidad aquella aventura, que en el pronto le pareció extraordinaria, y cuyo resultado no era otro sino el lenguaje de una mujer que olvidaba su posición y sus pasados resentimientos por espresar la vehemencia de su amor.

El ardiente corazón del caballero no podía permanecer indiferente ante tan inesperado recibimiento; sintió estallar en su sangre un fuego vivísimo que recorrió sus venas; su alma vulgar y disoluta concibió cuán brillante y fácil era el camino que se le preparaba, y olvidándose de cuantas sensaciones generosas le habian dominado por algunos momentos, solo pensó en abusar de nuevo de aquella sencilla jóven.

Así fué que juntando otra vez las manos, exclamó con entusiasmo:

—Hipólita mia: el asombro que me ha causado tu presencia, y la generosidad con que perdonas mis errores pasados, son los que me han hecho dudar un instante. Pero ahora que te vuelvo á encontrar tal como eras en los primeros dias de nuestro amor; ahora que siento tu voz, á pesar de estar medio apagada por la fria humedad del claustro, experimento que mi alma vuelve á adorarte, no como antes, sino tal como lo merecen tus sacrificios y sufrimientos.

—¿Con que me adorás?

—Sí; pero tiemblo al mismo tiempo.

—¿Por qué?

—¿Quién me dice que mi Hipólita podrá ya ser mia! Ese traje fatal que ciñe tu hermoso cuerpo, esta espesa reja que nos separa.....

—¿Oh! no temas, contestó ella con solemnidad interrumpiéndole. Soy tuya y no hay obstáculos que puedan separarme de tí.

—¿Qué dices!

—La verdad, Odon mio. Todo lo vencere por tu amor: es la hora en que todo descansa; nos rodea la muerte por todas partes; algunas pobres almas son las únicas que pueden ser testigos de nuestra felicidad ignorada. ¡Oh! silencio: ¿quieres que llegue á tus brazos?

—Si, sí, murmuró Odon.

—Pues bien, voy al punto; yo te conduciré al dulce tálamo que abandonastes en otro tiempo; yo rodearé tu cuerpo con mis brazos y dormiré bajo el templado aliento de tus besos para aumentar la dicha que ya no creia para mí. Dices que me amas, Odon.

—Te amo..... te amo.

—Pues mira.

Hipólita estendió su mano de alabastro con magestad; tocó con la punta de un dedo á la reja del coro, y ésta, entreabriéndose misteriosamente, dejó un ancho espacio descubierto.

—Entra, Odon mio; ven á estrechar á tu esposa sobre tu corazón, murmuró Hipólita con eco voluptuoso.

El jóven habia contemplado aquella magia con asombro; pero ageno de creer en una supercheria, saltó con rapidez desde la iglesia al coro, por la abertura que se habia practicado bajo el tenue roce del dedo de Hipólita.

Dentro ya del coro volvió la cabeza atrás; la reja estaba cerrada como antes.

Arrastrado por su fascinacion, y pensando únicamente en los placeres con que le brindaba su amada, estendió los brazos hacia ella.....

—¡Hipólita!..... ¡Hipólita! exclamó al no encontrarla en medio de la oscuridad profunda que le rodeaba.

—¿Aquí me tienes, dijo la jóven presentándose de nuevo.

—¡Ah! ¡eres tú!

—No me conoces, esposo mio! He mudado de traje según tus deseos. He dejado de ser monja para ser tu desposada.

(Se continuará.)

## Solucion de la charada de nuestro número anterior.

Ca-ba-ll-e-ria.

MADRID: 1854.

IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.



PERIÓDICO LITERARIO,

**BAJO LA DIRECCION DE D. TORCUATO TÁRRAGO.**

**Año I.** (GRATIS PARA LOS SUSCRITORES A LAS OBRAS DE CABELLO EL MAYOR). **Núm. 20.**

**A UN TIEMPO MORA Y CRISTIANA.**

(Continuacion).

**CAPITULO NOVENO.**

**UN DUELO A MUERTE.**

Yo le he de quitar la vida  
y he de escribir con su sangre;  
lo que tú, Zaida, replicas,  
quien tal hizo, que tal pague.  
**ROMANCES MORISCOS.**

Era un día de hermosa primavera,  
encanto del mortal y maravilla,  
radiante el sol, siguiendo su carrera,  
derramaba su luz sobre Sevilla.

Todo era animacion, todo contento  
en aquella ciudad tan bulliciosa,  
de los reyes de España el ornamento,  
ceñía la corona victoriosa.

Asombroso espectáculo presenta  
la plaza principal; gentío inmenso  
en gradas y balcones se aposenta,  
formando en derredor círculo estenso.

Adornado con ricas colgaduras,  
cubierto de una gasa trasparente,  
sobre arabescas mil bellas molduras,  
vése un trono magnífico, esplendente.

Allí Isabel está, allí Fernando,  
en medio de su corte primorosa;  
la adhesion á su pueblo estan mostrando,  
y tras ellos está la mora hermosa.

Vestida con modestia y elegancia  
se encontraba la linda prisionera;  
de la reina se vé á cierta distancia,  
mas de todas las damas la primera.

Ya suena la señal de la corrida,  
y seguida de fieles escuderos  
vése salir la juventud florida  
de elegantes y apuestos caballeros.

Todos vienen montados en corceles  
que son la admiracion de aquella corte,  
y todos piensan recojer laureles,  
porque guerreros son de airoso porte!

Pedro Manrique, Cárdenas y Luna,  
la palma llevan por sus ricos trajes;  
mecidos todos en dorada cuna,  
han de ser el sostén de sus linajes.

Montados en soberbios alazanes,  
en el circo mostrando su arrogancia,  
á las damas saludan los galanes  
con esquisito modo y elegancia.

Sale ya el primer toro; los rejonos  
aprestan todos en veloz carrera;  
palpitan sus ardientes corazones  
al encontrarse en frente de la fiera.

Mas pronto sucumbió; D. Juan valiente,  
viendo á Pedro Manrique en trance duro,  
atravesó la plaza de repente  
y á su amigo sacó de aquel apuro.

Los aplausos, las voces, el contento,  
con frecuencia en verdad se repetian;  
los vivas á D. Juan, rasgando el viento,  
en el lejano espacio se perdian.

Y cuando el pueblo se halla mas gozoso,  
cuando mas sus aplausos acrecienta,  
montado en alazan fuerte, brioso,  
un nuevo caballero se presenta.

Saluda á los monarcas con finura,  
su marcial continente demostrando;  
muy garrido y apuesto, su figura  
la atención de la plaza está llamando.

Velado está su rostro, oculto se halla  
bajo espesa celada que lo encubre;  
¿quién es aquel de la luciente malla?  
¿por qué el nuevo galan no se descubre?

¿Quién es aquel guerrero? ¿cuál su nombre?  
¿por qué en la plaza entró un desconocido?  
—Entró buscando con afán á un hombre,  
porque un galan de aquellos le ha ofendido.

Mas sigue la pelea; Juan de Luna  
embestido se vió terriblemente  
por el toro feroz; ¡suerte importuna!  
ya rueda por el suelo aquel valiente.

Parte veloz cual rayo un caballero,  
y acometiendo al toro con premura,  
á la fiera mató; ¡golpe certero,  
que prueba hasta no mas su travesura.

Era el desconocido; audacia tanta  
aplaudió con furor el pueblo todo;  
él protegiendo al conde le levanta,  
y en voz baja le habló de aqueste modo:

—Aunque no soy vuestro amigo,  
D. Juan, os salvé la vida.  
—¿Y quién sois?

—Vuestro enemigo,  
que un ultraje nunca olvida.

Llevais un lazo en el pecho,  
de la mujer á quien amo;  
dádmele, yo le reclamo.

—¿Villano! ¿con qué derecho?

—Con el que siempre gocé;  
Daraja es todo mi afán;  
si no me le dais, D. Juan,  
la vida os arrancaré.

—Yo á la tuya pondré fin;  
¿no sabes cuánto la adoro?  
dime..... ¿quién eres?

—Un moro;  
mirad..... Mohamet Osmin.

—Te traje aquí la fortuna;  
¡¡miserable!! nos veremos.

—Sí, en verdad, nos batiremos  
á muerte, conde de Luna.

He de probar tu poder.....  
¿será la cita?....

—En Triana.  
—¿Y cuándo, conde?

—Mañana.  
—¿A qué hora?

—Al amanecer.

Los rivales así hablaron,  
y nadie se apercibió  
de lo que entre ellos pasó,  
pues luego se retiraron.

Es, sin embargo, lo cierto  
que tan solo una mujer  
sospecha quién puede ser  
el caballero encubierto.

Era Daraja..... y no extraño  
tuviese esta presunción,  
pues no engaña el corazón  
cuando presente su daño.

La fiesta en tanto seguía  
entre el ruido y el placer;  
mas..... llegó el anochecer,  
y se acabó con el día.

Y todos se retiraron  
entre el alegre clamor,  
satisfechos del valor  
de los nobles que lidiaron.

Pasa la noche por fin;  
y sin que nadie los vea,  
se aprestan á la pelea  
el noble D. Juan y Osmin.

Ya se les vé aparecer  
armados de fuerte lanza,  
y ambos ardiendo en venganza  
piensan morir ó vencer.

¡Desdichados! vais en pos  
de horrenda y segura muerte;  
mas..... ¿de quién será la suerte?

¿cuál vencerá de los dos?

Llegan á un sitio escondido  
detrás de ruda maleza,  
toman distancias, y empieza  
el combate mas reñido.

Inconstante la fortuna,  
que no reconoce freno,  
ayuda ya al sarraceno,  
ya al noble conde de Luna.

Mas... ¡ay! de un bote de lanza  
derribó D. Juan por fin  
del fiero alazan á Osmin,  
que perdió toda esperanza.

Clavó en el pecho su acero,  
y le pasó el corazon;  
pero el conde en su afliccion  
vé su estado lastimero.

Lleno de heridas tambien  
tiene su cuerpo D. Juan;  
y aunque mató al musulman,  
no fué completo su bien.

Yace el moro sin sentido,  
y el conde con su poder  
se siente desfallecer  
por la sangre que ha vertido.

¡Bien presentia la mora!  
Cuando supo que D. Juan  
salió oculto con afan  
de la mañana á deshora.

Nada sé la oscureció;  
tal desenlace entreveia,  
porque á los dos conocia;  
¡infeliz!....; no se engañó!....

.....  
.....  
.....  
.....

En ocasion oportuna,  
rigiendo fieros corceles,  
llegan cuatro amigos fieles  
y socorren al de Luna.

A Sevilla trasladaron  
al cristiano caballero,  
despues que con mucho esmero  
las heridas le curaron.

El hado fatal é incierto  
dispuso el trágico fin  
del valiente moro Osmin,  
por D. Juan de Luna muerto.

CAPITULO DÉCIMO.

EL DELIRIO DE DON JUAN.

¿ Quiénes sois, genios sombríos  
que junto á mi os agolpáis?  
¿ sois vanos detirios míos?  
¿ ó sois verdad? ¿ qué queréis?  
¿ qué buscáis? ¿ á dónde vais?  
ESPRONCEDA.

Del conde en la estancia silencio hay profundo;  
postrado en el lecho se vé al adalid;  
exánime, débil está y moribundo,  
cubierto de heridas su cuerpo en la lid.  
Combate horroroso trabó con el moro,  
en que ambos probaron su mucho poder;  
los dos anhelaban gozar un tesoro,  
la vida espusieron por una mujer.  
Cubierta Daraja con espeso manto,  
de pié junto al lecho está de D. Juan,  
y triste la mora vierte amargo llanto,  
y asiste al enfermo con celo y afan.  
Profunda es la herida que tiene el guerrero;  
se teme sucumba con tanto dolor;  
lanzando del pecho un ¡ay! lastimero,  
infunde al oirle tristura y pavor.  
La fiebre continua, la atroz calentura,  
al jóven mancebo hacen delirar;  
fantásticos sueños en su mente apura,  
y en voz harto débil comienza así á hablar:  
«No sé dónde estoy... no sé lo que siento;  
» fantasmas horrendos me llevan tras sí;  
» dejadme... dejadme descanse un momento;  
» espíritus vagos... ¿ qué queréis de mí?...  
» Soldadme, soldadme; ¿ dónde me lleváis?  
» ¡ah! dejadme sumido en dulce placer;  
» marchaos, fantasmas... ¿ por qué me apartais  
» con tanta violencia de aquesta mujer?...  
» ¡No es mia? decidme... ¿ no veis que la adoro?  
» ¿ no siento por ella vehemente pasion?  
» entonces... dejadme gozar del tesoro  
» que es toda mi vida, toda mi ambicion.  
» Pero... ¡ay de mí, triste! sombras inhumanas,  
» hareis que muy pronto deje de existir,  
» ¿ Os hice algún daño, fantasmas livianas?  
» entonces... dejadme, dejadme vivir.  
» Ah!!! ¿ qué horrible movimiento!  
» no me dejan descansar;  
» voy rodando por el viento,  
» subo y bajo sin cesar.  
» Y las sombras  
» vuelan, gritan, danzando  
» y se agitan  
» con furor.  
» Y una vuelve  
» y otra torna...;

me trastorna  
 »su clamor.  
 »Ya se marchan,  
 »ya aparecen,  
 »vuelven, erecen  
 »por mi mal.  
 »Y gritando  
 »ya se alejan,  
 »y me dejan  
 »; ay!... mortal.»

Calló D. Juan; ¡désdichado!  
 con tan ardiente delirio  
 presa es de infernal martirio,  
 y Daraja está á su lado.

La infeliz sin cesar llora,  
 y apura en tal cruel momento  
 la copa del sufrimiento,  
 porque con pasión le adora.

Y vierte lágrima ardiente  
 por Osmin en su dolor;  
 que á quien se profesó amor,  
 no se olvida fácilmente.

Dió D. Juan la muerte fierá  
 al que amó Daraja un día;  
 ¡quién á la móra diría  
 que aquella su suerte fuera!

Después de tanto sufrir,  
 llena su alma de quebranto,  
 y vertiendo amargo llanto,  
 así comenzó á decir:

—Si de la vida el destino  
 es tan solo padecer  
 y seguir por el camino  
 que nos ha trazado el sino  
 de fierá suerte al nacer;

Si en la tierra no hay consuelo  
 para el mortal afligido,  
 y todo es amargo duelo  
 en este misero suelo  
 para el triste desvalido;

Si todo ha de ser tormento  
 en este mundo engañoso,  
 sin que pueda el pensamiento  
 desechar el sentimiento  
 que turba nuestro reposo;

¿Qué es entonces nuestra vida?  
 una falaz ilusión;  
 senda de abrojos, nacida  
 para hacer profunda herida  
 del hombre en el corazón.

Yo adoro al conde de Luna  
 con ardiente frenesí,  
 y cifro en él mi fortuna;  
 si muere, ¡suerte importuna!

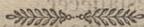
¿qué será entonces de mí?  
 Sola, aislada y sin consuelo,  
 sin mi padre, ¡pobre Hacén!  
 ¡ay! grande es mi desconsuelo,  
 ¡si existirá en este suelo,  
 ó si habrá muerto también!

Con tan inmenso dolor  
 mi mente lucha y se afana;  
 mas... del pecho en lo interior  
 oígo una voz superior  
 que me dice... «sé cristiana.»

No es libre mi voluntad;  
 ¡triste de mí! ¿qué he de hacer?  
 sin esperiencia en mi edad....  
 soy una débil mujer....

En esto aparecen del conde en la estancia  
 dos médicos sábios que van á curar  
 las graves heridas, que son de importancia,  
 volviendo el silencio de nuevo á reinar.

(Se continuará).



### Díálogo de un poeta con su señora.

POETA. ¡Vos aquí! (Cierra el libro en que leía).

SEÑORA. ¡Jesús! ¡Ya estais molesto! ¿Quién fuera el libro!

POETA. ¿Por qué, señora?

SEÑORA. Porque siempre estais con él.

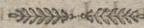
POETA. ¡Bien dicho! Yo también quisiera que fuéseis el libro en que estaba leyendo.

SEÑORA. ¿Cuál era?

POETA. El almanaque.

SEÑORA. ¿Y por qué, esposo mío?

POETA. Porque todos los años se muda.



MADRID: 1854.

IMPRENTA DE D. ANDRES PEÑA, LEGANITOS, 24.